Oscar M. Prieto
El tercer sacramento

EL TERCER SACRAMENTO

OSCAR M. PRIETO

El tercer sacramento
by Oscar M. Prieto
publicado en 1999, Comunidad de Madrid, Consejería de Educación y Cultura (Madrid)
© Oscar M. Prieto

Obra: El tercer sacramento
Autor: Oscar M. Prieto ;
Prólogo de Pablo T. Salvadores.
Idioma: Español
Paginación: 123 p. ;
Depósito legal: M-3.796-1999
ISBN 10: 8445115618
LCCN: 99211864 LC:
MLCS 2002/05820 (P)

ÍNDICE

Genuflexión

Examen de conciencia

Dolor de corazón

Propósito de la enmienda

Ave María Purísima

Decir los pecados al confesor

Cumplir la penitencia

Ego te Absolvo

PRÓLOGO

Por Pablo T. Salvadores

El mundo de lo real es un mundo marcado por la cotidianeidad, la monotonía y el continuismo estático de los objetos, por la permanente actividad del péndulo cuyo continuo movimiento no alcanza a variar nunca su posición inicial. Este mundo de lo palpable y físico es por si solo, cansino, aburrido y pesaroso, es un mundo ralentizado por si mismo que avanza lento, arrastrando con dificultad los pies arcillosos y polvorientos sobre los que, con enorme dificultad, se sostiene en un infinito devenir que no lleva a ningún lugar.

El mundo necesita de lo etéreo, de la energética mente que trabaja en el vacío creando enormes masas de emoción que se encarnen en sentimientos reales que al hombre eleven y separen de su cuerpo. Lo no palpable es lo que realmente produce una explosión que revoluciona todo lo físico para hacerlo liviano y pleno de agilidad.

El cuerpo es seco y monótono, es hojarasca pardusca enredada por el viento buscando un leve espacio donde pudrirse y unirse con la materia áspera del suelo.

El espíritu, el alma, la mente es vida arrolladora que avanza hacia el infinito con el potente y estremecedor rugir de los sentimientos.

El cuerpo siente y padece, sufre un eterno desgaste horadado por el mutilador Kronos. Sólo la mente regenera la ilusión, es la luz descubridora de la felicidad. Es el dios del propio cuerpo que evita su desintegración temporal permaneciendo en los sentidos y sensaciones que su propia energía crearon.

Esta novela que ahora está en sus manos pretende demostrar la existencia de esa dicotomía mente-cuerpo representada en el enfrentamiento de un hombre enamorado, apasionado, intrépido y osado, y ese mismo ser como un hombre gris, envuelto en un profundo traje gris, áspero, aburrido y monótono en el más grisáceo de los tonos grises. Expresa la creación de un mundo ideal que se eleva sobre el mundo real envuelto en inciensos y aromas permanentes de alcanfor.

En esa nube de desbordantes sentimientos aparece la mano privilegiada del autor/narrador de esta obra flotando continuamente en el ambiente y guiando detalladamente al lector a los epicentros de los sentidos como un cicerone privilegiado que no quiere dejar perder ningún detalle de la acción de toda la historia.

El protagonista de esta novela encarna al mayor de los críticos del ser humano y su perfección. Demuestra que el amor es el principal enemigo de la razón, y que en la lucha entre ambos por destacar está el combustible que permite al ser humano avanzar en su vida y en su historia sorteando todos

aquellos obstáculos y frenos que a su paso surgen de continuo. Si yo me tuviera que decantar por cuerpo o mente, si tuviera que tomar partido hasta realmente mancharme, sólo podría expresarme por boca del filósofo Pascal diciendo que *el corazón tiene razones que la razón desconoce*.

El descubrir si debe, o no, prevalecer el amor a la razón está ahora entre sus manos, en estas páginas que no tratarán de mostrarle ningún hecho que no haya el lector vivido ya, pero sí le mostrarán sensaciones que su propia mente generará de forma única e individual, porque al fin y al cabo todo esto, ¿qué representa en verdad? Una lucha que todo ser tiene dentro, torrenciales tormentas individuales que estallan en el interior de las personas y a las que la calma apenas logra llegar; y esto ¿qué es? simplemente... la vida, amigo.

A todos los que
llevo en mi corazón.

Serán cenizas
mas tendrán sentido.
Polvo serán,
mas polvo enamorado.

Francisco de Quevedo.

Genuflexión

Yo sé que hay gente que tiene taponados los oídos, que una venda de acero les ciega la mirada; que son tan pobres que arrancan las sonrisas de los otros a zarpazos. Hay gente así. Puedo afirmarlo.

Yo sé -aunque me duela tanto este conocimiento- yo sé que hay gente inteligente que sólo quiere avanzar y no le importa qué flores o qué piedras encuentra a su camino, pues ni siquiera las ve, ni detiene su paso a contemplarlas y lo mismo le da que sea asfalto lo que pisa, o lo que pisa sea hierba. No estoy mintiendo: hay millones de estos por el mundo. Hay gente que juega caprichosa sin arriesgar la apuesta. Son sólo máscaras que ocultan un miedo patológico a la vida.

Yo sé - y no estoy engañándoos, aunque yo bien quisiera que esto fuera mentira - que hay gente que no sabe volar y sus ojos son la expresión más corpórea de lo estúpido cuando tú le preguntas a ver si sabe.

Yo quiero confesar que no he escrito este libro para ellos. Mas no pretendo engañarme; es fácil que esta pequeña obra pueda caer en sus manos. Yo no puedo evitar que esto suceda: cuando escribes aceptas estos riesgos. Pero no quiero abandonar mi libro y dejar que él solo afronte los peligros que encontrará sin duda, en su errante andadura por el mundo. No quiero ser como otros autores, que ya desde que nace, dejan huérfana y

desamparada a su obra y que ésta se enfrente solitaria a la suerte que el destino le tiene reservada.

Querido amigo, entiende mis temores, perdóname el descaro, pero es mi deseo egoísta acompañarte en la lectura de esta historia que ahora comienzas.

Examen de conciencia

Dudó un instante, el tiempo justo en que sus ojos miopes tardaron en adaptarse a la densa penumbra del recinto sagrado. Su nariz, aunque chata, también se sintió confundida por la mezcla de olores: inciensos de otras misas, cirios consumidos por promesas y ruegos,...; olores en los que flotaba la espesa sustancia de lo divino. Sus oídos también, también se confundieron al penetrar en el eco de salmos de otro tiempo, de plegarias, de rosarios eternos y de voces de púlpito conduciendo al rebaño hacia fuentes tranquilas, haciéndole repostar en las más verdes praderas. Eran los ecos atrapados en la nave, pues ahora sólo había silencio. Un silencio apenas perturbado por el crepitar de un par de velas encendidas ante la imagen venerada de San Antonio - probablemente como último recurso de alguna solterona desesperada - y por el susurro de una letanía anciana resguardada por el altar de Santa Rita. Letanía seguramente provocada por el examen de un nieto perezoso que le pide a su abuela que obtenga para él la colaboración inestimable de los cielos. Y así, desperdiciando rezos, como lágrimas fáciles, consiguiendo el favor del santoral, van llenando las viejas los años leñosos y agotados de sus vidas; y los nietos, los crédulos y vagos nietos holgazanes, van suspendiendo exámenes y repitiendo cursos. Todo lo cual resquebraja el edificio inocente de su fe y el cariño sincero hacia sus arrugadas y mágicas abuelas. Tal vez, una posible explicación de estos fracasos, pueda encontrarse en la falta de estudios de los santos y por ello resultan inútiles para estos menesteres académicos. Tal vez sea por esto, quizá, ¿quién lo comprende?

Y, por supuesto, es obvio, no fue menor la confusión que sintieron las yemas de sus dedos al contacto tibio con el agua bendita; bendita y por qué no decirlo, un caldo de cultivo bautismal rico en bacterias y gérmenes, que aunque sean beatos, a los gérmenes y bacterias me refiero, no por ello, resultan más higiénicos.

En definitiva, la piel pecosa y blanca, las orejas con su ramillete de pelillos obstruyendo el paso del sonido hacia los tímpanos, las chatas narices repobladas con igual jardinería, los ojos miopes, todos y cada uno de sus sentidos se sumergieron en el charco de lo perplejo y allí en esté maremagnum de turbadas sensaciones naufragaron cuando Jacinto García Garrido se santiguó torpemente con su mano derecha, como un acto mecánico, sin pensar demasiado en lo que hacía.

Eran las ocho de la tarde, de una tarde cualquiera, de un día cualquiera. Un día cualquiera, que el azar o el destino dispuso fuera viernes, viernes que por igual contingencia era un cinco de Mayo, festividad de San Francisco de Asís y de los mártires Cayo y Fausto. No obstante, nada había en el aire que confirmara esta fecha, que hiciera de esta tarde atravesada por el ecuador de la primavera, una tarde distinta a las demás, y de no ser por el número esclavo de cualquier calendario bien pudiera ser ésta la tarde de un miércoles o un lunes, catorce de Septiembre o dieciséis de Octubre, y el santoral cantara las glorias de los Ángeles Custodios o de San Valeriano. El caso es que eran las ocho de la tarde, tal

vez algo más tarde, cuando Jacinto García Garrido, empaquetado en su eterno traje gris, sin saber si fue el azar o fue el destino, o fuera su albedrío propio quien le moviera a ello, sin tener certeza de la causa, pero sí del motivo, cruzó el pórtico gótico de la Iglesia de Santa Isabel.

También él, como Fausto, hubiera vendido su alma a Mefistófeles si con ello hubiera conseguido sofocar el fuego que, justo hasta ahora mismo, instante en que el dedo pulgar de su mano derecha dibujaba con torpeza la señal de la cruz sobre su frente, abrasaba con fiereza sus entrañas. Ahora, la decisión ya estaba tomada, y Jacinto García Garrido no era de ese tipo de hombres que vacila en su ánimo una vez que ha determinado su obrar.

Es cierto, Jacinto no era de ese tipo de hombres para quienes la honradez con uno mismo poco importa. Jacinto no tenía nada en común con aquellos que confunden el ejercicio de la libertad, esto es, decidir, con el libertinaje; ni con aquellos otros cuya voluntad es voluble y débil como espiga de trigo mecida por el viento; ni con los de más allá para quienes la vida es un columpio que oscila temeroso entre los dos puntos indecisos de una duda. Nadie en su sano juicio podría afirmar que Jacinto García Garrido fuera de este tipo de hombres. Nadie podría decir, sin ir por ello contra el Octavo Mandamiento de la Ley de Dios -"No levantarás falsos testimonios ni mentirás"-, que Jacinto fuera un hombre pusilánime en sus convicciones y que se echara atrás en sus decisiones. Para Jacinto la duda sólo se disuelve eliminando uno de esos puntos entre los que se balancea,

aunque resulte doloroso, la única manera de salvar la duda es matarla. Para Jacinto la libertad sólo se ejercía si se era consciente y consecuente con las propias elecciones, sin albergar temor a sus consecuencias, pues este es el camino recto para transformar la veleidad en volición. Y este carácter y proceder del que Jacinto hacía gala y que debiera servir de ejemplo para muchos no era un don inmerecido y gratuito, sino el resultado de una severa y metódica disciplina.

Jacinto regentaba en herencia, por ser el único fruto de un matrimonio muy unido, la ferretería "Viuda de Serafín García e Hijo". Serafín García, santo varón a quien Dios había tenido a bien llamarle a su seno hacía ya algunos años - lo que, entre otras consecuencias, trajo consigo el cambio de rótulo en el barroco letrero negro con letras en oro que anunciaba la ferretería -, y Doña Úrsula, viuda de aquél - que había sobrevivido al dolor y al luto riguroso que supuso la pérdida del amado esposo - y madre de Jacinto, se tomaron a pecho la educación de su único vástago. Para este honrado y loable empeño emplearon una gran dosis de cariño, en ocasiones algo disimulado, y algún precepto educativo ciceroniano: "Educad a los niños y no tendréis que castigar a los mayores". Como su ternura - que como el cariño en ocasiones había que buscarla tras las apariencias - les hacía abominable la sola idea de que llegara un día en el que no hubiera otra opción que la de reconducir a su hijo aplicando

correctivos y castigos - idea que les perturbaba el sueño - , eligieron el sabio principio pedagógico del mismo Cicerón: “La letra con sangre entra”.

Don Serafín y Doña Úrsula nunca cuestionaron la eficacia de este método, a todas luces infalible. El fin siempre justifica los medios. Y si el precio a pagar por evitar a su queridísimo hijo los horrores de castigos en el futuro - en ese futuro en el que uno ya es hombre y la dignidad y el orgullo padecen con más pesar las penalizaciones - era el de tener el castigo como premisa en el constante presente de la infancia, si era éste el precio que exigía tan elevado fin, bien creía el honrado matrimonio, que escrupulosamente se encarga de formar a Jacinto para que fuera un hombre de provecho en el mañana, que no era excesivo el coste para la recompensa que se esperaba.

En este hogar rebosante de cariño, atención y dedicación -no hemos de olvidar que era hijo único, a su vez hijo de hijos únicos, esto es, el único retoño para perpetuar la dinastía-, Jacinto García Garrido aprendió a dar los primeros pasos. Circunstancia ésta, la de los primeros pasos de Jacinto, que se hizo esperar durante tres años ocho meses y diecisiete días; y se puede afirmar con tanta precisión porque Doña Úrsula siempre lo recordaría así y así lo contaría a todas las visitas, sin ninguna variación, mientras tomaban el chocolate con churros, y se le llenaban los ojos de ayer y de recuerdos de aquellos lejanos años.

Don Serafín, buen hombre y santo varón, aunque por ser fieles a la verdad, no tocado de excesiva paciencia para ciertas cosas, y esta era una de ellas, como la mayoría de las referentes a su muy querido hijo, hacía ya tiempo que albergaba la resignada desesperanza de que su único hijo, su único descendiente nunca aprendería a caminar. Y era tal su resignación que cuando Jacinto logró, tras largos devaneos y equilibrios, sostenerse en pie, aunque fuera apoyado sobre la barandilla del corralito, su frustración enmudeció y creyó colmadas sus aspiraciones. Con esto se conformaba.

Pero Doña Úrsula no. Ella tenía una fe demasiado arraigada como para claudicar ante tan pequeña complicación. Tampoco se engañaba, es cierto. Sabía, con esa sabiduría que tienen las madres sobre sus hijos, que Jacintín, nombre con el que le llamaba cuando sentía compasión por él, no comenzaría a caminar por sus propias disposiciones naturales. Ella lo sabía. No era lo suficientemente ingenua como para no ser consciente de ello. Doña Úrsula sabía perfectamente, con esa sabiduría que solamente puede darse en una madre que además de ser madre tiene el valioso don de una fe ciega, que la solución del problema había de pasar, necesariamente, por una intervención sobrenatural. Para ello, pidió el asesoramiento de Don Jerónimo, párroco de confianza y confesor suyo, y sobradamente conocido en la diócesis por estar versado en este tipo de artes. Después de muchas meriendas y tras arduas deliberaciones, tras consultar complicados tratados exotéricos, hoy en día caídos en olvido, concluyeron que la mejor opción

que les ofrecía el panteón celestial era la de encomendarse a San Judas Tadeo, abogado de los imposibles; abogacía ésta que ejercía en estrecha colaboración con Santa Rita. No cabe la menor duda de que ésta era la opción más recomendable. Cualquiera que entienda un poco de esto podrá afirmarlo. No obstante, Don Jerónimo, hombre preclaro y santo, por no querer que su feligresa construyera castillos en el aire y un poco también por cubrirse su encorvada espalda, no quiso ocultar a Doña Úrsula el dato desalentador de que no se conocía caso alguno, dentro del impresionante currículo de imposibles solucionados por San Judas, en el que dicho Santo hubiera logrado hacer andar a un niño con las condiciones de Jacintín. Cualquiera con un mínimo conocimiento de estos temas no pondrá reparos en aceptar este hecho. Pese a todo, ya hemos mencionado que tenía una fe capaz de mover montañas, Doña Úrsula imploró y suplicó, siempre desde la humildad, y no escatimó en velas y flores para el Santo. En ocasiones ocultándoselo a su amado esposo. Tal era su empeño.

Cuando la inquebrantable fe de Doña Úrsula ya empezaba a flaquear y la desolación comenzaba a minar su ánimo resuelto - desánimo en el que Don Serafín no tuvo poca culpa por fustigarla con frases como: “¡Pierdes el tiempo Úrsula! ¡Los santos tienen otras ocupaciones que la de atender a un vago de nacimiento! ¡Porque lo que nuestro hijo tiene es holgazanería, holgazanería y holgazanería! - Pues bien, cuando todo parecía perdido y era Don Jerónimo el último apoyo con el que contaba a la conmovedora madre,

ya que este santo varón necesitaba de las pingües limosnas de esta beata para poder encargar una nueva imagen de San Blas para el altar mayor, Jacinto, o Jacintín, según se mire, sin decírselo a nadie, se decidió por fin a dar sus primeros pasos. Su madre al ver y no dar crédito a aquello que veía, comenzó a gritar: ¡Milagro, milagro! ¡Serafín, milagro! Doña Úrsula gritaba, lloraba y se santiguaba espasmódicamente al mismo tiempo. Y Jacinto, Jacintín en este caso, asustado, sorprendido, con los ojos abiertos como platos y el rostro constreñido a punto de llorar, Jacintín cayó al suelo y uno de sus tobillos, frágil como una porcelana por la falta de ejercicio, se fracturó. Y allí todo fueron lloros e imprecaciones.

¿Era tan sólo mala suerte, o acaso se podía oír en la penumbra silenciosa el ruido de los hilos movidos en la sombra por una mano maligna? Nunca lo sabremos.

Una vez recuperado, dos meses y medio después, ya que en los niños pequeños los huesos se sueldan con mayor facilidad, Jacinto emprendió sus andanzas por el mundo sin mayores problemas ni contratiempos. Por todo ello, su madre se dio a creer que aquel retraso que tantos desvelos le había causado y que puso a prueba su fe, era algo premonitorio que debería tener en cuenta toda la vida : Jacinto nunca daría un paso en falso. Tardaría en darlo, no hay que negarlo. Pero nunca sería en falso.

El mismo lento y retardado proceso aconteció para que Jacinto dijera su primera palabra. Sin embargo esta vez, no se puede considerar que Don

Serafín y Doña Úrsula fueran noveles y la experiencia adquirida fue un eficaz antídoto que evitó que les ocasionara mayores turbaciones. Sabían que tarde o temprano llegaría el momento. No obstante Doña Úrsula encendió alguna vela a San Judas Tadeo que tan portentoso resultado le había dado. Por si acaso. ¡Qué nunca están de más las oraciones!

Y llegó ese momento que cabía esperar, y Jacintín, también sin decírselo a nadie esta vez, dijo: "tornillo", con una vocalización casi perfecta. Por lo que Doña Úrsula, muy dada a la reflexión de los sucesos, también se dio a pensar en la premonición del hecho: Jacinto nunca diría una palabra sin pensarla. Tardaría en decirla, no hay que negarlo. Pero nunca la diría sin antes sopesarla bien.

Don Serafín, un poco más pragmático, interpretó aquel augurio infantil en relación con las futuras pretensiones laborales de su infante. Todo apuntaba a que la ferretería permanecería, al menos una generación más, en la familia. Pronóstico que en parte le llenaba de orgullo, y en parte... de preocupación.

Y así, no dando nunca un paso en falso y pensando bien cada palabra que decía, con una vocalización casi perfecta, Jacinto llegó a la edad en que sus padres hubieron de plantearse las aspiraciones, o perspectivas - tenían que ser realistas - profesionales de su muy querido hijo.

La carrera de las leyes, ilusión de Doña Úrsula por la atracción que ejercían sobre ellas las recias y sobrias togas de los jueces, tan mayestáticos

con esta vestidura, parecía una utopía, un imposible demasiado lejano incluso si se tenía a San Judas Tadeo en la nómina. Con lo que quedó descartada esta descabellada posibilidad y Jacinto pudo eludir la responsabilidad y el esfuerzo que hubiera supuesto la universidad. O, según se mire, pues cada cual tendrá su propia perspectiva en función de sus intereses, la universidad pudo eludir la agotadora tarea de formar a semejante alumno.

La carrera militar, vocación frustrada de Don serafín y que siempre le fascinó por la disciplina, la autoridad y la jerarquía que emanaban de todo lo marcial, se vio truncada incluso antes de iniciarse, ya que Jacintín fue calificado como "no apto" por consecuencia de su miopía galopante.

Por lo que al final no quedó más opción, lo cual siempre es un atenuante para elegir, que aquella que Jacinto había expresado premonitoriamente desde su primera palabra: la ferretería.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que Jacinto García Garrido, además de ser un hombre que nunca daría un paso en falso; de ser un hombre que jamás diría una palabra sin pensarla; además de todo esto, Jacinto García Garrido era un hombre fiel a sus principios y con las ideas muy claras. Y sirva lo contado como ejemplo.

†

Eran las ocho de la tarde de un día cualquiera; día cualquiera que resultó ser viernes; viernes que coincidió ser cuatro de Octubre. Bajo estas coordenadas temporales, en las que aún pervivían en el aire los restos de las campanadas acompasadas del carillón, Jacinto García Garrido, más que sentarse, se desplomó en un reclinatorio con un color de terciopelo rancio.

Como todas las vidas, de todas las personas, de todas las épocas, la vida de Jacinto no era una excepción. En sus días no escaseaban los problemas y las preocupaciones, los claroscuros y los nubarrones. Pese a todo se puede decir que Jacinto podía considerarse un hombre feliz. Y podía considerarse un hombre feliz, porque así se consideraba él mismo.

Jacinto poseía esa felicidad natural de quien acepta la vida con todo lo que ésta lleva en su vientre. En su opinión, no estaba bien tomar la posición hipócrita y baja de intentar justificar el maravilloso misterio que es vivir. Sabía que eso, este afán de soberbia infundada y sin otros cimientos que la hipocresía y la vileza, era un error. Sabía que aquel era un planteamiento mezquino, porque intuía, con una intuición que no daba albergue a la más mísera duda, que la vida era un pleno, un lleno de sentido rebosante y lo único que se podía hacer con ella era vivirla. Y esta era la mayor suerte que podía tener un hombre.

Pero Jacinto aquella tarde, más que sentarse, se desplomó en aquel reclinatorio de patas desvencijadas y, por primera vez, sufrió en su ánimo el abatimiento y la desolación. (Su madre, muchos años antes, había

experimentado esta misma sensación, cuando comenzó a dudar de que su hijo aprendiera a caminar). Acuclillado sobre el mullido terciopelo, empaquetado en su eterno e impoluto traje gris de anchas solapas y pañuelo asomando en pico por el bolsillo de la chaqueta, se sintió ausente y solo, terriblemente triste y sin ganas de llorar. Ya no podía hacer nada. La suerte estaba echada.

A su derecha dos confesionarios de madera sencilla, oscurecida por los pecados, como oscurece el humo las paredes y techos de las casas - igual de pegajoso que el humo y que la niebla es el pecado -, dos confesionarios sordos, de pie, a su derecha, aliviaban pesares y lavaban almas. Seis o siete mujeres, unas con velos, otras con estirado moño, casi todas, menos una, de negro puro y casto, todas ellas casi ancianas, incluso sin el casi y un señor calvo, de bigote diminuto tapizado de blanco octogenario, esperaban el turno del perdón.

A su derecha también, algo más escorada, con un arco en el chaflán de aquella esquina mutilada, se encontraba la sacristía. Tenía la puerta entornada y por ella escapaban palabras sigilosas de una crítica velada que hacía un cofrade hacia otro - es de pensar que no estaba presente - poniendo como juez al sacerdote, para ver quién de los dos - el que exponía y el que no estaba - era más bueno.

Allí, desplomado, abatido, acuclillado, triste y terriblemente solo, con su eterno traje gris como segunda piel, superficie del lago de su alma;

allí, cobijado en aquella esquina chata, burbuja de penumbra y de susurros, Jacinto buscaba la paz de una explicación, la reflexión sincera y reposada que no le hiciera ver tan despreciable y horrible la acción que, sobre las ocho menos cuarto aproximadamente, había cometido.

Necesitaba de aquella íntima oscuridad que pervivía en el interior de la iglesia, apenas tintada por los leves destellos de colores que el último sol otoñal y melancólico de aquella tarde robaba a las vidrieras generosas.

Jacinto García Garrido se sentía sucio y culpable. Sentía en su corazón la mancha y el delito flotando entre su sangre. Suciedad y culpabilidad provocada por algo que, sin embargo, él no hubiera podido hacer nada por evitarlo. Le recordaba, salvando las distancias, a aquella ocasión en la que acompañando a su madre a casa de unas amigas de ésta, le cayó un excremento de paloma en la hombrera de su inmaculado traje gris. Él no tuvo la culpa de pasar por allí agarrado del brazo de su madre en ese justo instante. Él no tuvo la culpa de que su madre estuviera un poco sorda del oído derecho y por eso tuviera que ir siempre a su izquierda - si su madre hubiera tenido una audición perfecta, al menos, hubiera existido la posibilidad de que aquel castigo venido del cielo le cayera a ella -. Ni siquiera tuvo la culpa de que la paloma no pudiera contenerse. Pero pese a que con estas circunstancias cualquier tribunal le hubiera declarado inocente, él se sintió sucio y no pudo tampoco reprimir el sentimiento de

culpabilidad, acentuado además por la mirada recriminatoria con la que le regaló Doña Úrsula.

Esto de ahora le recordaba a aquel desastre pajarero. Fue una sensación casi gemela. Aunque, como es fácil de entender, salvando las distancias, pues si entonces fue en la chaqueta, ahora tenía la mancha en el alma.

Jacinto, ciudadano con un ejemplar sentido cívico: nunca trucó su balanza para engañar en el precio de los remaches que vendía a peso; jamás se le hubiera ocurrido tirar un papel al suelo; los primeros domingos de cada mes empleaba la mañana en arrojar migas a las gordas palomas del Parque Margarita - cuando cualquier otro hubiera guardado un rencor de por vida hacia estas aves ciudadanas, por lo de aquel fatídico excremento -; ayunó siempre que así lo dispuso la Santa Madre Iglesia; siempre pulcro en sus maneras y hábitos, escrupuloso en sus pagos,.... Jacinto García Garrido, dechado de virtudes, era consciente de lo pecaminoso de su acción. Sabía perfectamente, ya que no era un hombre fácil de engañarse, que su obrar no tenía perdón en esta ocasión. Y no era perdón, por tanto, lo que buscaba. Había heredado de su padre el rigor y la disciplina, convirtiéndose en juez implacable cuando era él mismo quien se sentaba en la balanza del juicio. Por lo que en una elevada proporción de casos, por este exceso de celo, le llevaba a ser tremendamente injusto. Sin embargo, cuando se trataba de juzgar a otros congéneres, esta severidad despiadada era sustituida por una

bondad y manga ancha desproporcionada, por lo que en la mayor parte de las ocasiones le hacía parecer un tonto ante los ojos de los demás. Él veía en esos mismos ojos con los que era indulgente y generoso el error en la valoración que de su actitud hacían. Veía en los dientes irónicos con que le sonreían, que le tomaban por un pobre hombre ingenuo que no se enteraba de nada. Él veía todo esto, pero callaba. Como María, guardaba todo en su corazón.

Jacinto era bueno, pero como se puede ver, no era justo, si entendemos por justicia la equidad de los juicios, ya que él siempre salía perdiendo. Por lo tanto, no era perdón, ni justicia, ni tan siquiera consuelo, lo que Jacinto entró a buscar en la Iglesia de Santa Isabel aquella tarde del viernes, ausente y solo.

Sigamos el relato con los oídos limpios y el corazón abierto, desterrando las legañas de los ojos. Tal vez así lo comprendamos.

†

-" Jacintín, hijo mío, deberías colgar unas bolsitas con agua para humedecer un poco el ambiente". Dijo Doña Úrsula sin alzar la vista del mantel que bordaba en punto de cruz.

Jacinto primero miró de soslayo a su madre. Espió la reacción de Juan, el empleado que estaba colocando una estantería al final del

mostrador, después. Y por último, hizo como si no hubiera oído nada, y decidió no responder. Y no respondió, no por capricho, sino porque tenía tres poderosas razones para no hacerlo.

La primera de estas razones que le llevaron a no responder a su madre, no por ello menos querida y honrada, le afectaba de lleno en lo más íntimo de su orgullo. No es que él fuera una persona orgullosa, nada más alejado de la realidad, pero, como todo el mundo, también él tenía su corazoncito, un inmenso corazón cargado de fiebre y sueño. Pese a tener cuarenta y cinco años, su madre continuaba llamándole Jacintín y esta muestra de afecto maternal era algo que Jacinto no podía soportar, mucho menos si había alguien delante. Por aquel entonces ya había desistido de intentar hacer ver a Doña Úrsula que aquel trato era improcedente del todo, e incluso, desde cierta perspectiva, podría ser considerado vejatorio, en menoscabo de la virilidad del hijo. Incluso teniendo en cuenta que fuera el cariño el que indujera a la anciana madre a llamar con tal nombre a su hijo, tal forma de apelarle resultaba improcedente.

Y aunque es cierto, y él lo sabía muy bien, que había perdido la guerra en este frente, no se puede decir que no hubiera ganado alguna batalla. Al menos sí había ganado una, aunque esta victoria fuera conseguida al elevado precio de dar a Doña Úrsula un tremendo disgusto. Este logro al que me refiero, le costó años, ya que estaba bien entrado en la treintena cuando paladeó la miel de la victoria.

Y efectivamente, no consiguió, hasta ya muy cercano a los cuarenta, cuando ya apenas le quedaba pelo - aunque es cierto que la calvicie se apoderó de su privilegiado cráneo muchos años antes -, que su madre dejara de llamarle en público “mi niño”.

Recordaba aquel suceso con viveza. Había ido con su madre a una de aquellas interminables visitas dominicales, de las que tanto gustaba Doña Úrsula y que con tanta resignación de buen hijo aceptaba Jacinto sin oponerse. Cuando llegó la hora de irse - ya comenzaban a encenderse las farolas en la calle -, su madre se despidió de sus milenarias amigas diciendo: “Bueno queridas, que mi niño tiene que cenar y se hace tarde”. Al llegar a casa, después de estar todo el camino de vuelta con el ceño fruncido, Jacinto se dirigió muy seriamente a Doña Úrsula, con una seriedad que no dejaba lugar a cualquier otra opción, máxime cuando era la primera vez que el hijo expresaba a la madre un deseo con tal rotundidad que pareció una orden. Le advirtió que, o bien dejaba de llamarle así, o éste sería el último domingo que la acompañaba al chocolate, las pastas y el cotilleo.

La madre, viéndose en esta dolorosa situación, después de insistir, tras secar los lacrimales en vano; después de apelar a que él seguía siendo para ella la niña de sus ojos; después de utilizar con sutileza, e incluso con descaro, todas esas estrategias que tan bien saben emplear las madres, viendo que esta vez Jacinto se mantenía firme y resoluto en su postura, no

le quedó, a la pobre mujer desconsolada, otra alternativa que aceptar la condición de aquel hombre herido en lo más íntimo de su orgullo varonil.

No fue éste un logro pequeño. Se debe reconocer su mérito. Pero lo de "Jacintín" era una causa perdida. Así que ésta es una de las tres razones, tal vez la más importante de ellas, por las que Jacinto no respondió a su madre.

El segundo motivo, si bien de menor trascendencia - es comprensible la dificultad de encontrar un argumento más aplastante que el primero - no por ello menos importante, estribaba en que Jacinto estaba enfrascado en la lectura del Cyrano de Bergerac, justo en el instante álgido en el que Cristian, apuntado por Cyrano, oculto bajo el balcón, sube a recoger el beso de Roxana. Cualquier persona con una mínima sensibilidad romántica admitirá el trastorno que supone abandonar una lectura en un momento tan pasional como éste, en el que se está a punto de obtener el anhelado premio de la amada. Máxime para Jacinto, dotado de una imaginación muy dada a la ensoñación barroca, que ya se veía él mismo escalando la balaustrada.

Y por último, la tercera causa de esta sordera repentina, sin duda alguna la más circunstancial de todas ellas, era que a Jacinto no le entraba en la cabeza que su madre quisiera humedecer la atmósfera, cuando aquella tarde de Agosto, hacía un bochorno insoportable, el cielo estaba pronto a romperse en una gran tormenta y había una humedad en el ambiente, que

casi podía cortarse con un cuchillo. ¡Hasta las moscas volaban entumecidas!

Por estas tres razones y no por otras, Jacinto García Garrido hizo oídos sordos a su madre y no quiso contestarle. El lector asentirá conmigo, que no fue una actitud caprichosa, ni mucho menos perezosa o de desprecio hacia Doña Úrsula, ya que hemos demostrado suficientemente que su obrar estaba plenamente justificado.

-" Jacintín, pon unas bolsitas con agua "- insistió de nuevo, dulcemente, sin inmutarse.

Esta vez Juan no pudo contener una sonrisa maliciosa. Sonrisa que cazó al vuelo Jacinto - pues aunque pueda parecer lo contrario, no era un hombre al que se le escaparan este tipo de detalles - y que recriminó con una mirada, que quiso ser severa.

-" ¡Pero madre! ¡Sí está de bochorno! ¡No ves que va a caer una tormenta!" - exclamó impotente, dejando el libro encima del mostrador, con un gesto que quiso ser de rabia y que incluso llegara a parecerlo.

-" ¡Anda, anda! Complace a tu querida madre, ¡que el día que yo te falte...! - no terminó la frase -. Yo aquí, dejándome la poca vista que me queda, bordando una mantelería para el día que te cases y tú como un baúl, no tienes ningún detalle conmigo. ¡Dios mío! Qué juventud nos viene. ¡Ya no respetan ni a los padres!".

Así que a Jacinto, hombre que no gustaba de discusiones, viendo que su madre comenzaba a meter a Dios por medio, no le quedó otro remedio y se dispuso a realizar la labor que su querida madre - como muy bien había dicho ella - le había solicitado. Aunque todavía refunfuñó un poco.

-" Juan, vete al almacén por la escalera "- ordenó con un tono, mezcla de autoritario y resignado, que sonó un tanto ridículo -.

Mientras el empleado traía la escalera, él fue llenando cuatro o cinco bolsitas transparentes, que tenían para tal uso - pues no era la primera vez que su madre tenía esta ocurrencia -. Había quien decía - sin duda alguna alguien impregnado de la valiosa sabiduría popular -, que tales colgaduras de agua distribuidas estratégicamente por el techo, eran un buen remedio para ahuyentar las moscas y mosquitos de las habitaciones.

-" Sostenme bien la escalera, que anda un poco coja "- le dijo a Juan, mirándole con desconfianza, mientras hacía ejercicios de funambulismo para atar el plástico a un gancho de una viga, sin que se le derramara el líquido.

Juan agachó la cabeza, pues tal espectáculo siempre le provocaba hilaridad y viendo como estaba el personal, sería más prudente contener las risas, pues no quería enfadar a su jefe.

En esta situación tan arriesgada estaba, cuando sonaron los cascabeles que tenían en la jamba de la puerta y que, al abrirla, avisaban de

la entrada de clientes con un tintineo más propio de un rebaño que de una discreta tienda.

Juan, instintivamente, soltó la escalera y se dirigió al mostrador para despachar a quien entraba.

Jacinto, que no se había percatado del reclamo sonajero - había heredado de su madre la cerrazón de oídos y con el paso de los años se le iba acrecentando la sordera -, al sentirse sin sujeción y no existir, a su entender, un motivo aparente para tal descuido de su empleado, gritó:

-" ¡Pero Juan...!".

No pudo continuar con lo que a todas luces era el comienzo de una llamada al orden de aquel joven que tan temerariamente había abandonado el cumplimiento de sus funciones, poniendo en peligro la integridad de su jefe. Una mujer le miraba, entre extrañada y divertida, con la mano apoyada en el mostrador, en disposición de pedir algo.

-" ¡Ejem! ¡Nada, nada! Atiende a la señorita, anda - se disculpó ruborizado por la situación, a la vez que sentía como la sangre, con ritmo rápido, le subía a la cara coloreando sus mejillas -.

-" ¡Buenas tardes! Quisiera unas alcayatas para colgar unos cuadros "- pidió la señorita con una voz, que a Jacinto, que se había quedado petrificado, le resultó el sonido más melodioso que jamás había escuchado. Yo he de decir, por hacer justo honor a la verdad, que no pasó de ser una

voz corriente, ausente de cualquier timbre desagradable. Pero Jacinto en ese momento la valoró así, y como tal debemos respetar su juicio.

Lo comprendió inmediatamente, con una claridad y distinción que para sí quisieran las ideas de aquel viejo filósofo racionalista. Había leído demasiados libros en los que se explicaban pormenorizadamente, con un rigor didáctico exhaustivo, los síntomas de lo que le estaba sucediendo. No había error, el hormigueo que recorría las fibras de sus músculos era el primer efecto: sin duda se trataba de un flechazo, un amor nacido de la llama, un corazón robado con el primer vistazo; como aquellos que él había releído una y otra vez en los sonetos de oro del siglo XVII, robándole las horas preciosas de su sueño, sentado en la mecedora: "Cuando te vi, matome tu vista y hermosura y flotando ante mis ojos, la imagen de tus ojos se quedó".

-" No sé si seré capaz a clavarlos. Soy tan poco mañosa para estas cosas "- dijo la señorita sonriendo, mientras recogía el pequeño paquete y la vuelta del importe, despidiéndose -. " Gracias. Hasta luego".

Jacinto quiso decir algo. Pero no pudo. Todo él estaba paralizado. Su lengua no obedeció sus deseos y tan sólo pudo emitir una especie de gemido, apenas perceptible. Sus ojos horrorizados giraron desde el mostrador hacia la puerta, como si siguieran una estela grabada en el aire invisible de la estancia: su amor se iba y él, subido a la escalera, petrificado y mudo, no podía hacer nada para evitarlo.

Los cascabeles de la puerta tintineaban ya, alejando, tal vez para siempre, aquel sueño fugaz tan delicioso, cuando la bolsa, a medio atar, se rebeló y desparramó todo el agua que contenía por encima de Jacinto, quien, como despertado de un hechizo, perdió el equilibrio y fue a dar con sus huesos en el suelo, de manera más bien aparatosa, que pudo haber traído funestas consecuencias.

Aquella aparición con cuerpo de mujer, fue como un rayo, como flecha certera que le dejó herido de muerte, con el corazón sangrante despertando de manera tan maravillosa y tan violenta a la vida: ¡a una vida de amante!

†

-" ¡Vaya chaparrón está cayendo!" - comentó Doña Úrsula, viendo como golpeaba la lluvia en los cristales del escaparate -.

-" Ya predijo mi padre, que predice la lluvia por el dolor de huesos, que por este año ya acabó el verano. Aunque quién sabe..., según está de loco el tiempo, lo mismo luego nos viene octubre con calor "- respondió Juan.

Juan se entretenía en cambiar de estantería los tornillos, ya que creía que era un orden más lógico colocarlos en función de las ventas que tuvieran, que tenerlos ordenados en función de su tamaño, que así era como estaban. Ya anteriormente había sugerido la conveniencia de esta distribución, pero el jefe no había querido ni discutirlo: "¡Así están bien, y

así es como deben estar!". Sin embargo esta vez, al proponérselo - pues hay que decir que Juan era una persona muy insistente y empeñada en sus propósitos - le respondió como ausente: "Muy bien. Haz lo que quieras ". Esta respuesta sorprendió al tenaz empleado sobremanera, pero no dudó lo más mínimo en tomarle la palabra y aprovechar la oportunidad que el despiste y la extraña indiferencia de su dueño le brindaba, por si acaso cambiaba de opinión de manera repentina.

Jacinto estaba sentado a su mesa con unos cuantos libros abiertos y folios con anotaciones. Extraordinariamente concentrado, reflexionaba, con los ojos cerrados y la mano en la frente, buscando las palabras. Cogía un papel en blanco y arrancaba a escribir con brío. Redactaba un par de líneas, tres, a veces tan sólo unas palabras, con un pulso febril y se frenaba en seco su impulso literario. Arrugaba el papel desesperado y lo tiraba a la papelera con impotencia. Se atusaba con ansiedad el poco pelo que tenía, pues se puede decir que estaba calvo, respiraba profundamente y volvía a iniciar el cíclico proceso. Así una y otra vez, sin cesar en su empeño, así, de esta manera tan anómala se comportaba Jacinto García Garrido desde hacía unas semanas.

-"Jacintín, enciende la luz, que con esta oscuridad no acierto a contar los puntos de esta servilleta y va a quedar mal bordada".

Jacinto ni se inmutó. Pareció que creyera que no era a él a quien se dirigía, pero no fue así, oyó perfectamente, más se limitó a decir:

-”Juan, da la luz. ¿No oyes a mi madre? “.

Doña Úrsula y Juan quedaron perplejos, ante la respuesta que, conociendo a Jacinto, les pareció intempestiva. Aunque llevaban varios días recibiendo este tipo de contestaciones, en aquella ferretería - sita en la calle Arquitecto Miguel Ángel, quien fuera el inventor de un ingenioso sistema de columnas - el tono de estas respuestas se propagaba con ecos muy extraños. Jacinto era un hombre tranquilo y comedido, que nunca había dado una voz más alta que otra - y no por temer que le saliera un gallo, ya que su voz era profunda y grave -. Era de esa clase de hombres, de los que ya quedan pocos, que pensaba que se tardaba más en mandar que en hacer, por lo que estos timbres, que podían resultar despóticos, quedaban fuera de lugar por lo infrecuente si eran de él de quien provenían. Su madre y Juan conocían este rasgo sosegado de la personalidad de Jacinto, y este conocimiento, no hacía más que aumentar su desconcierto.

Juan achacaba aquella acritud - si así podemos llamar a tal disposición de ánimo - repentina del carácter de su jefe, a aquella aciaga circunstancia acaecida la tarde del veintitrés de Agosto. Recordaba con precisión la fecha porque fue la tarde en que Jacinto se había caído de la escalera.

Juan y Doña Úrsula, asustados por la aparatosidad de la caída, corrieron a darle auxilio. Jacinto, que tenía la cabeza, al igual que el resto

del cuerpo, mojada por el agua que le había caído por encima, increpaba desde el suelo a su empleado:

-" ¡Pero bueno! ¿Cómo has sido tan pacato? ¿Cómo no te has ofrecido, por Dios, a colgarle los cuadros a la señorita? ¿Cómo no te has ofrecido?, ¡eh! "- preguntaba indignado una y otra vez.

Doña Úrsula y Juan le miraban estupefactos de rodillas a su lado. Y ambos cruzaron alguna mirada en la que se veía con más claridad que en mil palabras, que los dos suponían lo peor.

¡Qué aquí estamos para dar un servicio! - insistía con una vehemencia tal que sólo poseen quienes están muy seguros de su razonamiento. Es decir, con una vehemencia digna de un loco.

Y por loco, efectivamente, lo creyeron madre y empleado. Y no queriendo llevarle la contraria, le daban la razón, como a los locos.

-" ¡Sí, sí, Jacintín! ¡No te preocupes! - le decían cariñosos, dándole unas palmaditas en la cara, a ver si reaccionaba - "¡Sí, sí, Jacintín mío! ¡No te preocupes por eso! ahora vendrá el médico y te curará - le arrullaba su madre desconsolada -.

Afortunadamente lo de la caída quedó en el mero susto. Pues según el diagnóstico del médico, no había sufrido ninguna lesión en el cerebro. Con respecto al delirio del que fuera presa los primeros minutos tras el

golpe, argumentó el facultativo que seguramente se debiera a una conmoción momentánea y pasajera.

Pese a este diagnóstico favorable y tranquilizador que emitió el doctor, Doña Úrsula no quedó muy convencida y por ello, culpaba a la caída de este cambio de temperamento de su hijo, creyendo que era alguna secuela psicológica. En el fondo, también ella se sentía un poco culpable y responsable de la desgracia, ya que de ella había salido la idea - la maldita idea, pensaba ahora - de colgar las bolsitas con agua. Como sintiera una especie de remordimiento por ello, no dudó en consultarlo con Don Jerónimo, párroco y confesor suyo, santo varón, quien disipó sabiamente estos temores, del todo injustificados: si así había ocurrido, era porque así Dios lo había querido. Y por incomprensible que nos resultara, los designios del Altísimo eran secretos a los hombres.

Juan, además, pensaba que su jefe estaba enfadado con él y por eso le castigaba con este tipo de respuestas. Y esto le dolía en lo más íntimo, pues aunque es cierto que a veces se riera de él, Juan sentía un profundo cariño por Jacinto.

Pero los dos se equivocaban buscando las causas de aquel temperamento: ni se trataba de un enfado, ni de un trastorno mental. Jacinto García Garrido estaba enamorado. Es cierto que estaba disgustado con su empleado. Pero era porque debido a la inconsciencia de aquél, había dejado escapar la oportunidad de conocer la causa que había desencadenado en él

aquel tropel de sensaciones nuevas. ¡Cómo podría perdonarle alguna vez aquello! ¿Qué podía hacer él ahora para volver a ver a su amada y colmar así las ansias de su pasión?

Es cierto que estaba loco. Pero su locura era aquella con la que el amor trastorna a los enamorados. Jacinto estaba febril, se pasaba el día leyendo e intentado apresar en la red de palabras tejida por su mano, aquellas emociones que con tanta violencia golpeaban en su pecho.

¿Cómo podía la vida tratarle con tanta injusticia, con tanta crueldad, presentándole a la mujer que había de robar su corazón, para arrebatársela al minuto siguiente, sin darle siquiera la oportunidad de luchar por conquistarla? Jacinto García Garrido, tan puro como él era, no era capaz de comprender esta jugada maliciosa del destino. Y lo único que podía hacer era permanecer, como torre vigía, fiel a ese amor, avivando con su imaginación la llama, no dejando que la posibilidad de no volver a verla jamás fuera obstáculo capaz de frenar sus desbocados sentimientos.

Sumido en estas reflexiones, la tarde pasó ligera y llegó la hora de cerrar. Doña Úrsula recogió la labor y se subió a casa. Jacinto dijo que se iba a dar un paseo.

-" ¡No vengas tarde! Y coge una chaqueta, que ahora refresca "- dijo su madre, a la que no le hacía mucha gracia que su hijo se fuera él solo a pasear. Pero no quiso disgustarle. Hasta ese extremo le tenía preocupada.

La atmósfera se había refrescado, pero no hacía frío. La tormenta había lavado la ciudad: las fachadas de los edificios, las calles, el aire, los árboles,..., todo tenía la cara limpia. Había muy poca gente a esa hora, en la que ya estaban cerrados los comercios y queda como única compañía y entretenimiento para los solitarios que no van a ninguna parte, la luz de los escaparates que, es el único consuelo para los que salen a pasear sus ausencias. Los ruidos amortiguados de la ciudad, ya presta a retirarse, flotaban como cuerpos volubles en el ambiente del atardecer, ya hermano de la noche. Olía bien, se respiraba el aroma que nace de la mezcla del asfalto y el silencio, que deja tras de sí la tormenta cuando pasa. Este olor le encantaba, pese a tener el sentido olfativo algo atrofiado.

Estaba parado en un semáforo que estaba en verde. No sabría decir cuantas veces había cambiado de color el señorito encarcelado en aquella estrecha celda de tráfico y Jacinto permanecía allí, de pie, con una sola idea vagando en su cabeza. Era tal la necesidad que tenía de volver a verla que ... Un seiscientos pasó a su lado, apurando el semáforo que se ponía ámbar, con tanta mala suerte que salpicó de arriba a abajo el eterno, impoluto, inmaculado traje gris de Jacinto.

El vehículo paró unos metros más adelante. El conductor bajo la ventanilla y pidió disculpas atropelladamente.

-" Lo siento mucho. No vi el charco" - gritó con prisas -. Era una mujer.

Jacinto levantó el brazo para indicar que no le había pasado nada. Pero no le dio tiempo, porque el seiscientos arrancó de nuevo, siguiendo su veloz camino y Jacinto se quedó con la frase llenándole la boca, estupefacto, como si acabara de ver un fantasma.

Es cierto que era ya casi de noche y la calle estaba bañada en ese claroscuro que borra los perfiles de las cosas; es cierto que no veía bien, que fue todo muy rápido, pero a Jacinto, tal vez debido a la necesidad y urgencia, no le cupo ninguna duda - la auténtica verdad es que ni siquiera quiso cuestionarlo - : aquella que le había salpicado con el charco, era la mujer de sus sueños, la misma que entrara aquella tarde en la ferretería. O al menos, él quiso que asiera fuera.

Esta vez tuvo suerte y alcanzó a ver como su amada aparcaba al otro extremo de la plaza y entraba en un bloque de pisos. Si era allí donde vivía ella, como así quiso entender Jacinto, aún había lugar para la esperanza. Su vida ampliaba con vértigo sus horizontes. Sintió la dicha.

Era un nueve de Septiembre y el cielo quiso que fuera el día de su santo, a los santos Jacinto y Rufino se celebraba. Aquella noche cenó todo, dejando algo más tranquila a Doña Úrsula, ya que últimamente su hijo había perdido el apetito.

†

El monumento que se izaba en el centro de la plaza le impedía la visión completa de todos los movimientos del sujeto. Aquella estatua, que entorpecía la misión de Rodríguez, se había levantado hacía más de un centenar de años en memoria de Don Pedro Fuentes. Bajo la escultura, que representaba a tan ilustre personaje, que a muchos coetáneos pasara desapercibido, se leía la siguiente inscripción grabada en una placa: "La ciudad a Don Pedro Fuentes: un hombre bueno".

En esta escultura podemos encontrar la prueba en piedra de que a lo largo de la historia la bondad no era un rasgo que se diera por supuesto en el carácter natural de una persona. Más bien, entonces, como ahora, dicha virtud era algo excepcional y raro, y quien la poseyera, incluso, podía ser tildado de excéntrico exhibicionista.

Pero de esta efigie debemos sacar al menos una consecuencia positiva. Aunque posiblemente tan sólo se tratara de un caso aislado y único, debemos saber valorar en su justa medida la magnanimidad del alcalde y los ediles que gobernaran la ciudad por aquel entonces, que haciendo caso omiso de las posibles críticas, aprobaron por unanimidad en la sesión plenaria del ayuntamiento, levantar una estatua a Don Pedro Fuentes por considerar motivo suficiente para tal distinción la bondad que éste había demostrado sin interés alguno durante su vida. Por esta única razón quisieron perpetuar en la piedra, como ejemplo para las generaciones

venideras, la arriesgada hazaña que Don Pedro, humildemente, había realizado, que no consistió en otra cosa que en la de ser un hombre bueno.

Pese a este obstáculo visual que se interponía, el agente Rodríguez, agente veterano de la policía municipal, no quitaba ojo al individuo que en el extremo opuesto de la plaza se paseaba de una esquina a otra con aire misterioso.

El agente Rodríguez, o sencillamente Rodríguez como le llamaban con respeto en la comisaría por sus gloriosos años de servicio, se atusó con lentitud su bigote canoso y en sus ojos brilló una sonrisa inteligente.

-"Capellán, ¿me recibes? Aquí lo tenemos de nuevo. Corto" - comunicó por el radio transmisor a su compañero de patrulla -.

-" ¡Recibido Rodríguez! Voy para allá. No hagas nada "- respondió el agente Capellán - o simplemente Capellán, como así le llamaban en la comisaría por respeto a su valor contrastado en múltiples ocasiones -.

Los dos formaban la pareja ideal que todo comisario hubiera deseado tener en las calles: el valor y la experiencia extraordinariamente complementados para hacer cumplir la ley y velar por el orden.

El compañero reclamado llegó en cuestión de segundos. Cruzaron una mirada de entendimiento y sin mediar palabra - no era necesaria, pues ambos conocían perfectamente su trabajo - se dirigieron hacia el sospechoso.

Este sujeto se dedicaba a pasear con un talante extraño por la plaza desde hacía poco menos de un mes. Los agentes de policía se habían fijado de él. No veían muy claras sus intenciones. Para ellos era evidente que no se trataba de un paseante normal, un transeúnte de esos que hay por centenares en las ciudades, que entretienen las horas muertas de su ocio mirando escaparates o reconfortando su pereza con las prisas y ajetreos de la gente. Los pasos de aquella persona que vigilaban dejaban en su andar la huella de la tensión, pareciera que estuviera espiando un objetivo.

Y efectivamente, como no podía ser de otra manera, los agentes Rodríguez y Capellán no habían marrado en su conjetura, al menos en parte. Aquel caminante extraño, centro de sus sospechas, vigilaba, es cierto, el portal de uno de los edificios. No obstante las intenciones del sujeto eran completamente inofensivas, ya que aquel "peligroso" transeúnte con las manos en los bolsillos de su gabán, no era otro que Jacinto García Garrido.

Jacinto - que tras aquel charco providencial volvió a hacer manar los manantiales de su ilusión al creer factible la posibilidad de encontrar a aquella mujer de la que se había enamorado una tarde bochornosa de Agosto - todas las tardes al poner el cierre en la ferretería se venía a esta plaza en la que había visto aparcar el coche de su desconocida amada, esperando que el azar o el destino le brindaran de nuevo la oportunidad de encontrarla. En estas caminatas repetitivas, la imaginación de Jacinto volaba libre por los anchos espacios azules de un futuro prometedor con el

que soñaba. Su amor hacia aquella mujer crecía y crecía alimentado por la fogosa literatura de amores platónicos y cortesanos en la que Jacinto se pasaba sumergido una gran cantidad de horas al día. Y este germinar de la semilla erótica que en su pecho había brotado, iba en estrecha proporción con el aumento de la necesidad que tenía de ver a la mujer que le había hechizado, posiblemente sin ni siquiera darse cuenta. Necesidad y urgencia que se hacía apremiante, confundiendo los razonamientos de nuestro solitario amante: "Y ¿si no vive aquí y vino tan solo a ver a una amiga?". Se martirizaba con este tipo de hipótesis, que además, por qué negarlo, por otra parte, bien podían ser acertadas. En estas cavilaciones, que tan pronto le hacían nacer alas en sus espaldas, como lo hundían en los turbios pantanos del desconsuelo, se encontraba nuestro Jacinto cuando se le acercaron los agentes Capellán y Rodríguez.

-"Buenas noches. ¿Sería tan amable de enseñarnos su documentación?" - inquirió Rodríguez con tono amable y frío, mientras Capellán lo observaba con suspicacia profesional -.

Jacinto, perdido en alguna alameda de sus ensoñaciones, tardó unos segundos en reaccionar, retraso que, sin duda, aumentó las sospechas de nuestros sagaces policías.

-"Disculpe, ¿Cómo dice?" - respondió al fin, volviendo a la realidad -.

-”Su documentación” - dijo Rodríguez, esta vez con una voz más fría y más tajante, mientras se atusaba el bigote -.

-”Pues verán, no se la puedo enseñar ya que precisamente, no hace siquiera media hora, cuando venía hacia aquí, me han robado la cartera. Justo a la altura de la calle Ramos Abelenda esquina con Untoria Manrique “- respondió con toda naturalidad y cortesía suponiendo la buena fe de los agentes.

Como en la confluencia de las calles que les había dicho eran frecuentes los robos, los policías no dudaron de su testimonio, pero no obstante, le pidieron los datos y su dirección para poder comprobarlo. Jacinto se los estaba dando, cuando vio bajar a una mujer de un seiscientos y en entrar en el portal que vigilaba: el número diecisiete. Apresuradamente respondió a las preguntas rutinarias que los agentes le hacían.

-”Discúlpenme, pero ha llegado la persona que esperaba y he de irme. Lo siento. Gracias “.

Capellán y Rodríguez se miraron extrañados y un poco desconfiados. Pero no tenían motivos para hacer una acusación formal contra aquel hombre y por lo tanto no tenían derecho a retenerle por más tiempo.

- “De acuerdo. Buenas noches y ande con cuidado“.

Jacinto no terminó de oír el final del consejo policial, pues sus pies, hoy milagrosamente ligeros, ya le llevaban, más que volando, corriendo en

pos de su destino, hacia el portal de aquella casa, con el pulso acelerado y la emoción casi impidiéndole respirar. Cuando entró en el portal vio que el indicador del ascensor subía y se detenía en el quinto piso. No cabía duda alguna, su mujer, su desconocida amada, vivía en la quinta planta.

Inmediatamente miró los buzones. Se felicitó por su suerte ya que solamente había dos quintos. Pero para su desgracia en los dos vivía una mujer. ¿Cuál de los dos sería el piso? Leyó la tarjeta de los dos. En uno de ellos ponía "María del Amor Verdadero Escribano"; en el otro "Dolores Pérez". Se llevó la mano a la barbilla y reflexionó unos segundos. Como indudablemente cabe suponer, Jacinto se decantó rápidamente por el quinto derecha, en el que vivía María del Amor Verdadero. Es cierto que existía un cincuenta por ciento de posibilidad de equivocarse, mas a Jacinto le parecía suficiente prueba el nombre de su amada. No podía ser de otra manera. Hasta en el nombre, la mujer encajaba en su ideal. No necesitaba de más comprobaciones.

Aquella tarde del dos de Octubre, los Ángeles Custodios que ese día se celebraban parecía que se habían encargado de velar por Jacintín y auspiciaban el amor que ese día, a la caída del sol y tras una larga espera salpicada de altercados, nacía a la vida de extensas realidades.

Cuando llegó a casa cenó con voraz apetito. No estaba huraño, el color de sus ojos lo decía, pero tampoco se prodigó en explicaciones. Doña

Úrsula dio gracias a Dios en silencio pues pensó que su hijo ya estaba recuperado.

†

Dos de Octubre; Otoño

Desconocida esencia:

Un pequeño pájaro que canta en mi ventana me anuncia la llegada del próximo amanecer. He pasado la noche en vela, por miedo a desvanecer, llegada la mañana, el sueño de las sábanas y descubrir la irrealidad del sueño que ahora vivo.

¡Si ahora estoy dormido, por Dios, que nadie me despierte! ¡Que nadie me despierte de esta dicha, de esta fiesta de luces en la que canta y baila mi alegre corazón!

Te he visto y ha sido suficiente para amarte. No quiero tu pasado, ni tus datos, tu sonrisa me ha colmado de gozo y de placer. No necesito de pruebas y de tiempo, ya no puedo frenar el amor que en mi se ha desbocado al verte.

Por eso te pido que me esperes. Que esperes de noche a que yo pueda vencer a las palabras, a que logre acallar el griterío. Espérame despierta con los labios dispuestos y con los ojos limpios.

Espérame mi amor, espera a que yo rasgue el cielo del lenguaje y caigan en la lluvia mis palabras primeras, mezcladas con las gotas del llanto que vierten los cielos de alegría, y cubran tu desnudo con néctar delicioso de rocío.

Despierta en esta noche, en esta noche en que la luna clara es testigo de la pureza del amor que nace de mi pecho y las estrellas temblorosas se

consumen de celos porque ya no son ellas las únicas destinatarias de mis sueños: tú ocupas ahora su lugar; tú eres el astro rey de mi firmamento.

¡María del Amor Verdadero, yo te juro amor eterno!

Tu fiel vasallo, El Caballero de la Triste Figura

Dolor de corazón

El reloj dio el cuarto. La campanada solitaria sobrecogió a Jacinto, tan ausente como estaba examinando su conciencia. Le dolía la espalda de estar acuclillado en el reclinatorio. Fijó su atención en el péndulo del tiempo que oscilaba encima de la pila bautismal. Se quedó pensando en la vida que llevaba aquella refinada vara de metal. La calculadora maquinaria de engranajes y tuercas le obligaba a desear dos extremos opuestos hacia los que infatigablemente tendía, sin poder reposar en cada uno de ellos ni siquiera unas décimas. Sin duda alguna, aquel péndulo hacedor de tiempo era el más infeliz de todos los seres y el padre más esclavo de su hijo.

Le pareció que había pasado una eternidad desde que había entrado en la iglesia y sin embargo tan sólo habían pasado quince minutos. Una de las viejas de negro puro y casto que aguardaba en la fila del perdón se sonó la nariz sonoramente, con una potencia tal, que no se hubiera imaginado albergara un pecho tan anciano. Alguno de los presentes, molesto por el ruido, volvió el rostro hacia la mujer.

Volvió a sonarse y esta segunda vez, la descarga superó desbordada el estruendo de la primera. Jacinto se frotó los ojos como queriendo ahuyentar un espejismo, pues le había parecido que la imagen del Corazón de Jesús que presidía el altar lateral había buscado con sus ojos a la congestionada mujer, despertado de la quietud eterna de la piedra en la que reposaba, por la extraordinaria demostración nasal. Jacinto, que era un hombre serio y razonable, desechó inmediatamente esa idea del todo

descabellada y más propia de mentes supersticiosas y débiles, que de una persona en su sano juicio, como él era.

Aquel suceso - que habría quien calificara de paranormal - le sustrajo de avanzar en las disquisiciones metafísicas en las que temerariamente se estaba introduciendo y le devolvió a la memoria del porqué se encontraba en el templo, más que sentado, abatido, desplomado y terriblemente solo, en aquel rancio reclinatorio de patas desvencijadas, y ahora, además, con un agudo dolor de espalda.

Jacinto García Garrido tenía muy interiorizado el concepto de pecado. No en vano Don Serafín, su difunto padre - Dios lo tenga en su gloria - y Doña Úrsula, su queridísima madre - que Dios le conserve la salud por muchos años -, no habían escatimado esfuerzos en inculcarle la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal. Y Jacinto, en estas horas de naufragio, se sentía pecador. Sin embargo no acababa de delimitar con la precisión debida cuál era su falta.

Como perfecto conocedor de la realidad que él era, Jacinto se convirtió en idealista. Creó un mundo para sí en su cabeza, en el que todas las piezas encajaban con precisión geométrica; en el que todos los diálogos avanzaban a través de las palabras adecuadas y los ojos que sonreían hallaban la sonrisa en otros ojos por respuesta. La realidad era demasiado gris para una fantasía tan ávida de colores como la que Jacinto poseía; el

mundo real se cubría de cristales demasiado opacos para dejar pasar los brillos transparentes que el quería.

Como no podía cambiar el mundo desde la ferretería que regentaba vigilado por Doña Úrsula, como desde su eterno traje gris no se veía capaz de convencer a nadie y captar discípulos para su empresa, ni corto, ni perezoso se convirtió en creador y demiurgo de un mundo propio.

En ese mundo ideal que generó en su cabeza, el amor - la piedra que otrora desecharan los arquitectos - se transformó por hechizo en la piedra angular, clave de los nervios de su fantástico templo. Influenciado e inspirado desmesuradamente por las grandes obras literarias románticas, aspiró - y en ello empleó todas sus energías - a vivir un amor novelesco de almenas y largos suspiros prolongados.

Había asimilado con gran facilidad todas las nociones básicas que enseñaban los libros que leía y que eran necesarias en el amor cortés, había interiorizado las reglas a seguir para mantener una relación platónica. Incluso, Jacinto, con esa vocalización casi perfecta de la que había hecho gala desde su primera palabra, podía declararse en verso como exigían los cánones más tradicionales y puristas.

Todas las condiciones se daban para hacer realidad su gran sueño: vivir un idilio apasionado en el que lo vulgar, lo mediocre y lo soez - adjetivos que plasmaban todos los grises de la vida - no tuvieran lugar, en el que la rutina fuera sustituida por una pasión desenfrenada; en el que

todos los pequeños problemas cotidianos que tantos roces causan en una pareja, no fueran óbice para la fuerza fervorosa que fluía del manantial del corazón de anchos y caudalosos ríos.

Tan sólo faltaba una pieza. Una pieza que, si bien era totalmente pasiva y apenas tenía más que una función decorativa en el tablero, era absolutamente necesaria para desencadenar todo el tropel de emociones, sensaciones, esperanzas e ilusiones que se almacenaban en su cabeza esperando el momento de poder eclosionar. Esa pieza era la mujer, centro y destino de este amor.

Y esta mujer apareció una tarde de bochorno y tormenta del mes de agosto. Ese fue el punto de inflexión en la vida de Jacinto. Por fin llegó, y como él hiciera con sus primeros pasos, o su primera palabra, llegó sin avisar a nadie ese momento tan esperado. Y pese a estar preparado para ello, fue tal la sorpresa que le cogió desprevenido subido en una escalera colgando unas bolsitas de agua para satisfacer las manías de su madre. ¡Qué pose tan cómica y ridícula para la escena central de su vivir dramático!

Tras unos cuantos meses, poco más de medio año, de relaciones unilaterales con esa mujer, Jacinto García Garrido acababa de echar al buzón una carta, en la que le comunicaba con palabras delicadas, que la abandonaba.

Jacinto no podía hacer otra cosa, esta opción por la que se había decantado era la más cabal de todas, y como veremos, hacia ella fue empujado inexorablemente por las circunstancias.

Entonces, ¿dónde estaba el pecado? Él le había jurado amor eterno aunque fuera de modo epistolar. Y esto, precisamente esto, era lo que tanto dolor le causaba, corroyendo sus entrañas, sintiéndose como ánima penitente en el purgatorio: no había sido fiel a su palabra, lo más valioso que él poseía. Jacinto García Garrido era culpable de perjuro.

Se oyó toser en el interior del confesionario. Primero una tos seca, luego varias voces saliendo de la profundidad de los pulmones arañando la garganta, a continuación vino un ataque, ante el cual, el pobre confesor salió corriendo de aquella oscura cámara monoplaza y entró en la sacristía en la que continuó tosiendo durante unos minutos.

La cara de la pobre anciana que se estaba confesando y que había sido abandonada de manera tan violenta, dibujaba una expresión de horror, sin duda provocada por el fatal descubrimiento de que aquello que ella consideraba pecados veniales que ni siquiera eran necesarios confesar, producían tan tremendo ataque de tos en el buen sacerdote.

Esta circunstancia hizo recordar a Jacinto un episodio casi fatídico acaecido en las Navidades pasadas. Sigamos de la mano, sin miedo de perdernos, el hilo del recuerdo.

†

- “Espera un momento Juan. No te vayas.” - Dijo Doña Úrsula levantándose de la camilla en la que, como Penélope - la fiel mujer de Ulises, bordaba la mantelería.

- “Jacintín, hijo mío, trae el aguinaldo de Juan. No vaya a ser que se nos olvide hoy también como el día de Nochebuena. ¡Ah, los años van minando mi memoria!”

Jacinto abrió la puerta que daba a la escalera de su casa y cogió una cesta de Navidad, en la que había turrones, latas de frutas en conserva, polvorones, mazapanes, almendras y una sola botella de cava, ya que Doña Úrsula no era partidaria de fomentar el alcoholismo entre la juventud aunque fuera Navidad. En lo tocante a este tema la mujer era muy estricta, y siempre ponía como modelo a seguir a su difunto esposo Don Serafín, que nunca pisó un bar, y si lo hizo, seguramente fuese para llevar algún encargo de la ferretería.

- “Bueno Juan, pues que paséis una buena Noche Vieja, tú y tu familia. Y que tengáis una feliz salida y entrada de año. Y que el año que viene, al menos, sea como éste, pero con deseos de que sea mejor. Y que no nos falte salud, que es lo más importante.”

Ante esta avalancha de tópicos, de buenas intenciones y de mejores deseos, Juan respondió de manera escueta, aunque, eso sí, con una amplia sonrisa y sin perder detalle del regalo del regalo navideño.

- “Igualmente Doña Úrsula.”

Jacinto, dándose cuenta de que su madre le había pisado el discurso, y como tampoco tenía un ánimo especialmente locuaz, se limitó a estrechar la mano de su empleado, expresando un escueto: “Feliz noche, Juan”, en un tono que resultó demasiado paternalista, cuando no lo pretendía.

- “Feliz noche, Ja..., Jacinto”. Correspondió Juan con una sonrisa ancha que a punto estuvo de acabar en carcajada, ya que casi se le escapa “Jacintín”, desliz verbal que hubiera provocado una salida y entrada de año desastrosa.

Ya una vez en casa, Doña Úrsula se encerró en la cocina para calentar la cena que, precisamente, ya había preparado durante la mañana, aunque para ello tuvo que abandonar el bordado de la mantelería para el ajuar de su hijo.

Jacinto, un poco cansado, pues la tarde en la ferretería había sido ajetreada, se sentó en la mecedora. Éste era su lugar favorito. Aquí era donde se sentaba a leer; y donde se sentaba evocando recuerdos, y desde donde viajaba con su fantasía a mundos impermeables, y creaba con su sola imaginación esos recuerdos que luego, alguna vez, traía a su memoria, y que sin embargo, nunca habían sido decorados con el tinte corpóreo de realidad.

Sí, es cierto, se encontraba un poco cansado. La tarde en la ferretería había sido dura, ni siquiera había tenido un minuto libre para continuar con el libro, y mucho menos para escribir algún poema. Pareciera que la gente

aprovechaba el último día del año para reponer todos los tornillos que les faltaban, o para hacer de chapucillas expertos e intentar repararlo todo antes de no tener otro remedio que reconocer su impotencia y tener que llamar a un profesional. Ahora respiraba, meciéndose con un balanceo suave. Allí, en esa misma posición en la que ahora se encontraba, Jacinto era capaz de soportar, sin un mal gesto, las visitas dominicales de las amigas de su madre todos los terceros domingos de mes. Tal era la capacidad de abstracción que podía lograr en la mecedora.

Pero Jacinto, que había heredado de su madre el ser prevenido, a pesar de no tener un segundo de reposo esa tarde de San Silvestre había hecho lo que tenía que hacer. Y al igual que Doña Úrsula había preparado la comida durante la mañana y ahora solamente tenía que recalentarla al fuego lento de la cocina de carbón, que había sobrevivido a las remodelaciones de la casa, Jacinto, la noche pasada, había perdido unas horas de sueño para escribir una postal de Navidad a su amada, María del Amor Verdadero, para así cumplir con su obligación y poder enviársela por la mañana.

En lugar de quedarse a ver el informativo después de almorzar, Jacinto aprovechó esa hora y media que le quedaba antes de abrir de nuevo la ferretería, para acercarse a las oficinas centrales de Correos a echar la felicitación. A esas horas las calles de la ciudad estaban desiertas. Se hubiera creído que los habitantes habían desaparecido de la ciudad

súbitamente, dejando los adornos navideños, atravesando las avenidas con estrellas de bombillas, los semáforos alternando de color inútilmente ante la ausencia de tráfico y los escaparates decorados para ningún comprador con los maniquíes, narcisos por excelencia, desolados ante la ausencia de ojos asombrados y de bocas abiertas por su belleza. De no ser por el humo negro que ascendía escupido por las chimeneas, y por un grupo de niños, todos ellos correctamente equipados con gorros de lana a rayas con borla incluida y unos enormes guantes, que se divertían en una batalla campal con bolas de nieve, se hubiera dicho que aquella era una ciudad fantasma.

Tan singular y tan típica batalla se desarrollaba entre las calles de Don Alfonso González - en quien, algún erudito historiador, rata de biblioteca, había creído identificar al soldado desconocido - y de Don Santiago El Relojero - que pese a lo que pueda parecer no fue relojero sino un mercader medieval -.

Como es fácil imaginar, Jacinto García Garrido tenía que pasar por allí inexorablemente. Y por supuesto, los niños, que como los perros, huelen rápidamente las presas débiles, se ensañaron con su desgarbada silueta, haciéndole blanco de los blancos proyectiles.

Jacinto ni se inmutó. Tan sólo esquivó las que veía que se dirigían a su cabeza y no por miedo, sino por temor a que rompieran sus gafas. Lo que ocurrió, fue que debido a sus aciagas dioptrías, no pudo evitar que una de las bolas le acertara de lleno, justo entre ceja y ceja, y las gruesas lentes

acabaron en el suelo. Por suerte no se quebraron y él continuó su paso tranquilo. Estaba acostumbrado a este tipo de altercados y hubiera resultado extraño que aquellos chavales no le hubieran bombardeado. También, como a las palomas, Jacinto no albergaba ningún resentimiento para con los niños, al contrario, le agradaban.

Después de todo, Jacinto había depositado sus mejores deseos de papel rugoso en el buzón y, pasado mañana llegaría a la plaza de D. Pedro Fuentes nº. 17 - 5º D, donde vivía su Desconocida Esencia, - que era así como la llamaba -. Sin embargo ahora, los párpados se le cerraban mecidos por la inercia.

- "Jacintín, pon la mesa que ya está lista la cena. Saca la cubertería de plata". Ordenó su madre desde la cocina, con una voz que pese a los años, seguía siendo firme y autoritaria.

Doña Úrsula bendijo la mesa, teniendo un recuerdo para su difunto esposo que les vigilaba desde un retrato color sepia que colgaba en la pared del comedor y bajo el que siempre ardía una vela. Rezaron un Padre Nuestro por el eterno descanso de su alma. Mañana, al mediodía, con la misma solemnidad de cada año, se pondrían delante del televisor para recibir la bendición urbi et orbe de boca del Papa y comenzar así el año con tan piadoso paso.

Aquel treinta y uno de diciembre la cena transcurrió sin incidencias y sin apenas conversación. Tan sólo se oía el ruido de los cubiertos en los

platos, y fugazmente se intercalaba algún comentario de Doña Úrsula, al que su hijo respondía correcta y cansinamente mientras su mente estaba en otro sitio. Pese a todo, el ambiente que se respiraba no era en absoluto tenso, antes bien se podría decir que había paz en aquel comedor de espesas cortinas y de papel pintado, recargado de figuras de mala porcelana.

Tras la cena, como era tradición en aquel hogar, modelo de costumbres cotidianas, madre e hijo se pusieron en pie para cantarle un villancico al Niño Jesús que dormía un sueño apacible en el belén, custodiado por el buey y la mula. Hay que decir que Jacinto tenía un talento especial para poner el nacimiento y este año le había quedado realmente bonito, consiguiendo un efecto natural en la cascada y en la tierna viveza de los pastos.

Tras el emotivo villancico, que si bien no tuvo un valor musical extraordinario, fue cantado con todo el sentimiento, lo cual siempre disculpa las salidas de tono, los gallos y los desafinos, los dos se prepararon para recibir el nuevo año. Para ello encendieron el televisor y cada uno contó en un plato doce uvas de moscatel.

Ella le recordó que primero eran los cuartos, que no se confundiera como otros años, pues entonces el deseo que pidiera no se cumpliría.

Pero el destino quiso, que en aquella última noche del año en la que la nieve cubría de blancas cucharadas los balcones, entrara la tragedia en aquella casa. Todo fue bien hasta la undécima campanada. Uva a uva, las

campanadas se sucedían con una mágica precisión, hasta que llegó la que hacía el número once, Doña Úrsula se atragantó con esta fatídica uva, comenzó a hacer aspavientos y a ponerse morada. Jacinto, que vio que perdía a su madre, no dudó un instante en emplear su deseo para salvarla. Deseo que él pensaba utilizarlo en favor de su anhelado amor, Y aunque solamente había comido once uvas, el cielo supo apreciar la generosidad de Jacinto, concediéndole el deseo. Todo quedó, gracias a Dios, en un susto. Doña Úrsula se recuperó pasados unos minutos. Minutos tras los cuales, Jacinto, que tan magnánimamente había obrado, a punto estuvo de arrepentirse de gastar su deseo en la salvación de su madre en detrimento de aquel amor ideal que inundaba su corazón desde hacía unos meses.

Pero este mal pensamiento, soplo fugaz indigno de Jacinto, pasó en seguida, sin dejar mancha en su alma, como nube negra en verano que no descarga el agua que lleva. No fue un pensamiento impuro, fue un inconsciente instante de tristeza y de distancia. ¡Había preparado con tanto celo la formulación de su deseo!

†

Treinta de Diciembre: Navidad

Desconocida Esencia:

La nieve nos envuelve con su manto blanco y los heraldos del frío acechan la ciudad. Pero nosotros podemos cobijarnos a la llama creciente del amor. A nada teme quien tiene un corazón valiente y el mío, desde que yo te viera, es audaz y arriesgado. Tú, mi verdadero amor, me ofreces cada día el gozo de sentir lo que es amar, me ofreces la dicha de notar como mi sangre circula alborotada de gozo por mis venas.

¡Amada mía!, mis palabras nacieron contigo. Antes en mi vida sólo había silencio. Qué alegría contemplar en las noches que te escribo, como estas pequeñas ánforas de sílabas se visten sus mejores galas para que yo las elija y las grabe con tinta en el papel. Ellas saben cual será su premio: tus labios las pronunciarán. Déjame ofrecerte como regalo de reyes estas cuantas palabras y por favor, no prives a ninguna de tu aliento:

Eres el agua que traviesa escapa,
que grita, ríe, calla y llora con igual sentido.
No eres tú de aire, ni de tierra eres.
Eres el agua que mi sed no apaga,
eres tú fuente, lago, mar y río,
albufera de ensueño, eterno fluido.
Eres lo divino, duda de tus olas,
que indecisa vives, que vienes y vas

A ti me debo. A ti me entrego.

El caballero de la Triste Figura

Propósito de la enmienda

El carillón volvió a recordar a los presentes que se hallaban en el templo, que el tiempo avanzaba inexorable en su infinito destino prolongado en una agonía sin fin. Eran ya las nueve menos cuarto. A Jacinto, quien por unos minutos había desviado la atención del propósito que le había llevado a la Iglesia de Santa Isabel aquella tarde del mes de Mayo, le sobrecogió reflexivamente la fugacidad del minutero, íntimamente relacionada con la eternidad que lleva en su interior cada minuto. Tan sólo habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que entrara en el templo para aliviar su conciencia. Apenas hacía una hora, para ser más exactos, cuatro minutos faltaban para la hora en punto, - y no es presunción la precisión con la que afirmo este dato apenas trascendente, ya que Jacinto miraba su reloj con gesto compulsivo, como buscando en él los oscuros arcanos del destino -, casi una hora digo, había transcurrido desde que, envuelto en la tormenta de gris abatimiento, Jacinto echara en el buzón de la calle de Don José Esteban García - ilustre legalista que redactara la primera constitución democrática de una república bananera perdida en el trópico - la carta fatal con la que claudicaba, traicionando sus sueños y su propia palabra. Tan sólo habían pasado cuarenta y cinco minutos preñados de eternidad y hastío, esto es, tres cuartos de hora miserables, desde que se desplomó abatido, triste y terriblemente desolado, en aquel rancio reclinatorio de terciopelo verde que tenía grabado en la madera las iniciales R.G.A. Tres rancias fracciones de una hora esperando su turno para lavar

en su alma aquella abominable falta, en las que sin embargo, sin bien no podemos decir que le hubiera salido alguna cana, ya que como sabemos padecía alopecia prematura, si podemos afirmar que Jacinto había envejecido. Tan afiladas eran las espinas con las que el dolor acribillaba su ingenuo corazón sangrante.

Despistado como estaba de su propósito desde hacía unos minutos, o acaso eran horas, o tal vez fueran años, justo desde que el ataque de tos del sacerdote había interrumpido sin consideración su acto de contrición, pensó que tal vez no por casualidad aquel carillón se encontraba encima de la pila bautismal. Sino que quizá, se tratara de un revelador símbolo, revelador y macabro, que representaba el nacimiento de un nuevo ser humano como la caída en el tiempo que era la vida. Pensamiento éste que nos da una idea de la envergadura metafísica de Jacinto. Quien, pese a no tener una titulación universitaria, siempre sintió una sana curiosidad e inquietud por interrogantes de tanta trascendencia para la vida del hombre.

Las campanas de la torre llamaban con su mortecino y solemne canto a los feligreses para el rosario. Un sacerdote vestido con pulcra sotana subió al altar para encender las velas. Una cerilla traviesa quiso chamuscar las yemas del presbítero, quien la soltó al instante reprimiendo un grito. No sin nostalgia, Jacinto recordó, que sus padres, tras el frustrado intento que había realizado para entrar en la carrera militar y el poco interés demostrado por él para con las leyes, habían barajado la posibilidad de los

estudios eclesiásticos para su hijo. Lo recordó con nostalgia y con una ligera sombra de rabia, pues si esa hubiera sido la elección, seguramente, con toda probabilidad, no se encontraría allí en este momento, librando tan feroz combate consigo mismo. Ya que, debido a los votos sacerdotales, habría eludido la tentación y no habría consumado el pecado que, él creía había cometido. Al fin y al cabo, si Don Serafín, en última instancia, no hubiera desoído las sabias palabras del confesor de su esposa, Don Jerónimo, y le hubiera abierto las puertas del seminario a Jacintín, éste, al menos, hubiera tenido la ventaja de no tener que hacerse la tonsura, pues fue precisamente en la zona donde los huesos parietales se unen con el occipital donde Jacintín, tempranamente, comenzó a perder pelo.

Jacinto no desechó como un imposible esta salida, que tanto tiempo había permanecido olvidada, o a decir más propiamente, que nunca había considerado, y se propuso meditarla seriamente en los días sucesivos. El profundo conocimiento que tenía de los místicos españoles del siglo XVI y la pasión que sentía por sus escritos - no en vano éstas había sido sus primeras lecturas, que si bien tardaron en ser comprendidas, con el tiempo fueron perfectamente asimiladas, constituyendo un fuente de referencia constante para su forma de entender el amor - le presentaba uno de los incentivos que a primera vista podía atraerle hacia aquella salida clerical. La condición de célibes no había podido impedir ni a San Juan de la Cruz, ni a Santa Teresa de Jesús el vivir un amor tan sublime, tan fogoso y puro

que incluso les llevaba a levitar. "Que *muero porque no muero, que muero por vivir en ti".* El poder algún día leer estos versos como si fueran suyos era su ansia. ¿No había sido siempre su anhelo vivir un amor sin medida, sin límites, sin fronteras, sin tiempo? ¿No era Jacinto García Garrido un fiero romántico, ensoñador de un amor excelso, de un amor libre de las cadenas de la cotidianeidad, de un amor de blancas y angeladas alas dispuestas al vuelo de cielos infinitos?

Por unos segundos la emoción volvió a fluir acompañando la sangre de Jacinto. Pero inmediatamente la solidez de un pensamiento le volvió a poner los pies, que en su imaginación ya levitaban, en el suelo. Él había ido a la iglesia como pecador, para confesar su pecado. Tras el examen de conciencia, primera de las cosas que reza el catecismo como necesarias para confesarse bien, había descubierto que su pecado era el de haber sido perjuro: había jurado amor eterno a una mujer y ahora, tras echar la fatídica epístola al buzón, la abandonaba cobardemente. Siguiendo los paso que el catecismo le indicaba con la claridad y el cariño de un buen padre, había sentido el dolor de aquella falta en su corazón. Y ahora, justo ahora en que se proponía hacer el propósito de la enmienda, ahora que el pesar se adueñaba con tiranía de su alma, llevándole a la contrición y al firme propósito de no volver a caer en tan horrorosa, punible y vergonzosa falta, él soñaba soberbio e inconsciente, como si de un niño se tratara, en jurar amor eterno a Dios.

Jacinto se dio cuenta en seguida de lo osado y pecaminoso de su pensamiento. También fue consciente del abismal riesgo que correría si, cegado por la locura, se decidía a dar ese paso, el difícil paso de entregarse al Creador. Si así lo hacía y volvía a tropezar con la misma piedra de la claudicación y del perjurio, de nada servirían arrepentimientos, ni las más pesadas penitencias le salvarían: estaría condenado para toda la eternidad a las llamas del tenebroso infierno.

Su pensamiento secundó el movimiento de la inercia melancólica y Jacinto no quiso evitar el fluir de recuerdo de otros meses floridos.

Contemplemos con respeto y quietud sus doloridas nostalgias.

†

El mes de marzo trajo consigo los vientos y en la calle hacía un tiempo desapacible. Los sombreros de los transeúntes volaban traviesos descubriendo las cabezas de sus dueños, que corrían tras ellos, lo que las más de las veces deparaba escenas jocosas, pues ocurría, que cuando el sombrero se posaba en el suelo, después de su breve viaje de vuelo libre, y el señor, generalmente un tipo serio y digno, entrado en años, se agachaba a cogerlo, éste parecía cobrar la vida caprichosa de los duendes y alzaba nuevamente su andadura por los aires ciudadanos como si fuera un pájaro de extraño plumaje, provocando de esta manera la admiración y las risas del resto de la gente - era muy fácil, pues ellos no vivían el drama del

dueño, que repartía la mirada, alternativamente entre el sombrero, traviesamente alado y la desconsolada y ridícula cara de su amo.

Pero el viento no distingue entre hembras y varones y tampoco las mujeres se hallaban exentas de altercados en las calles en este marzo ventoso. Las más precavidas caminaban en difícil postura, poniéndose las manos en las partes delanteras de sus muslos, e incluso, alguna jorobada, muy cercanas a las rodillas. Pero también por las avenidas pasean a decenas mujeres distraídas y el viento en ocasiones se convierte en aliado del morbo y la lujuria, levantando las faldas de señoras, sin distinguir si son solteras o casadas, sin preocuparse de si son guapas o son feas, y nos muestra con violencia su lencería fina, que a veces resulta más bien basta, provocando el rubor y la vergüenza de las ultrajadas damas, sobre todo de aquellas que llevan algún descosido entre las bragas u ocultan sus kilos con las fajas.

Todo esto lo hubiera visto Doña Úrsula desde su ventana cotilla privilegiada de la ferretería, al lado de la cual se sentaba a la camilla y el brasero, de no estar tan ensimismada en su labor. Desde el susto que llevó en la cena de Noche Vieja, al atragantarse con la undécima uva -¡ bien creyó que no lo contaba !-, aparte de no volver a probar el fruto de la vid, por el que comenzó a sentir gran aversión - no sin motivos - le entró el pánico de que el Señor la llamara a reunirse en el cielo con su difunto marido antes de que pudiera concluir la obra artesanal en la que había invertido las tardes de tantos años: bordar todo el ajuar para la boda de su

Jacintín. Y aunque por una parte tenía la certeza de que esas sábanas que con tanto cariño había bordado y la mantelería que tanta dedicación le había llevado tarde tras tarde, nunca serían utilizadas pues creía que su hijo no se casaría; por otro lado le causaba desasosiego no poder finalizar el bordado de las cuatro últimas servilletas que le quedaban. Este desasosiego tenía su raíz inconsciente en una disposición psicológica mucho más profunda y nada trivial. Debido a la edad que tenía la anciana madre - que pese a tener una vitalidad robusta y que quitando el incidente del fin de año, jamás había padecido su salud ningún achaque -, le dio por pensar que el día que terminara la mantelería moriría. Estos temores, de los que su hijo no tenía ningún conocimiento, fueron creciendo hasta el punto de comentárselos en confesión a Don Jerónimo, que aunque santo varón, también en el había hecho mella la senilidad y su cabeza, en otro tiempo precisa, ya flaqueaba. El cura intentó consolarla como buenamente pudo y le reconvino a que expulsara de su cabeza ese tipo de pensamientos, pues eran más propios de una mente pagana que de la de una cristiana tradicional como era ella. Además añadió, que sin lugar a dudas era el Demonio quien infundía en ella esos temores y que con la muerte no se pueden hacer cábalas, pues sólo El Altísimo conoce la hora en la que caerá el último grano de arena de nuestro reloj.

Pese a que las palabras del confesor causaron efecto hondo en el ánimo de la pobre señora, Doña Úrsula no pudo apartar del todo estos

pensamientos y debido a esto, en cada punzada que daba en el blanco lino, la aguja se debatía indecisa entre la urgencia por acabar la labor y el temor por finalizarla. Pese a esta tensión a la que estaba sometida la anciana, resulta sorprendente como el hilo azul marino avanzaba en el dibujo de la cenefa sin errores.

Como fuera que el tiempo en la calle estaba desagradable, se percibía un mayor contraste con la paz y serenidad que se respiraba en el interior de la ferretería. Las estanterías de madera, el suelo de madera y el mostrador de madera también, toda ella pulida por la quietud de los años y el silencio, creaban una burbuja en la que reinaba la imperturbabilidad, quedando fuera, en el exterior, en el mundo, todo tipo de cambio.

Desde que Don Serafín abriera aquella tienda siendo soltero, todo en ella había ocupado el mismo lugar, e incluso se habían trasmitido y grabado las palabras con las que atender a los clientes. Todo exceptuando la revolución que Juan, el joven empleado, que precisamente por ser joven y tener la cabeza llena de nuevas y estentóreas ideas, había pretendido llevar a cabo colocando los tornillos según fueran los más vendidos, violentando la norma establecida que era en función de sus tamaños. Revolución que en un principio estuvo a punto de conseguir, aprovechado unas semanas en las que Jacinto tan sólo se preocupaba de leer y de escribir y había accedido, sin prestar atención, a la petición.

Pero Jacinto volvió pronto en sí, y si no podemos decir que fuera el mismo de siempre, ya que no lo era, pues algo en él había cambiado, si podemos afirmar que había vuelto a recobrar el interés por el negocio, con lo que ordenó a Juan que volviera a colocar las cosas como estaban, haciendo caso omiso de las lamentaciones de su empleado que tuvo que volver a deshacer el trabajo que había hecho.

Y efectivamente, tras esas semanas en las que Jacinto había estado tan huraño y misterioso, poco a poco había vuelto a ser el de antes, aunque con ciertos matices. Doña Úrsula y Juan que habían echado la culpa del trastorno que sufría su hijo y su jefe, respectivamente, a aquella aparatosa caída de finales de agosto, en la que temieron que el golpe recibido en la cabeza hubiera trastornado alguna de las funciones cerebrales - no sería este el primer caso en el que se daba este tipo de fatalidad - se fueron tranquilizando al ver la mejoría. Aunque esto no fuera óbice para que la madre, entre punzada y punzada, le dirigiera una mirada de reojo.

Pero como sabemos, aunque la caída estuviera implicada en aquella alteración en el carácter de Jacinto, el motivo fue otro bien distinto y ni la una, ni el otro podía sospecharlo. Tras el flechazo certero que había sufrido mientras colgaba las dichosas bolsas de agua, manía de su madre, vivió unos meses febriles creando a su amor y buscando errante por las calles a su amada. Dormía poco, apenas comía, la piel de su rostro se volvió macilenta, hundiéndose sus ojos en dos cuevas que delataban unas oscuras

ojeras. Su mirada se volvió triste y enfermiza, pero a la vez brillaba humedecida por sus sueños, ahora libres y dispuestos a hacerse realidad.

Pero al fin, por la casualidad de una noche de lluvia, pudo ver a su amada y, al fin dieron su fruto los largos paseos expectantes de vigía - en los que incluso le robaron la cartera y a punto estuvo de acabar en comisaría - y averiguó la casa en la que vivía aquella mujer que se había convertido en el sentido de su vida. Fue entonces, cuando se vio liberado del tormento del imposible, del tal vez no volver a verla nunca, del quizá haber perdido para siempre a la persona que había levantado los compuertas de su corazón, cuando Jacinto García Garrido sintió la dicha de estar enamorado, al poder dar rienda suelta a sus sentimientos, encauzando tan proceloso caudal mediante cartas que enviaba a María del Amor Verdadero, al número 17 de la Plaza de Don Pedro Fuentes.

Aunque siempre había sido una persona amable, ahora la amabilidad con la que trataba a la gente era mucho más espontánea y natural. Lo que antes en él era pura corrección y educación, aprendida bajo los sabios consejos ciceronianos, ahora era una verdadera comunicación y correspondencia; sin llegar a la locuacidad, ya que era una persona tremendamente tímida, Jacinto participaba más en las conversaciones, incluso con Juan, a quien siempre había considerado una cabeza llena de grillos. Tal extremo alcanzó su apertura al exterior cotidiano que llegó a cuestionarse el cambiar el eterno gris de sus trajes por un color más acorde

con la emoción de vivir que ahora sentía. Sin embargo, al final le faltó ese gramo de locura, o le pesó su mensurada cordura y no se atrevió a llevar a cabo esta última posibilidad. Pues temió no ser él mismo si vestía otra ropa diferente a la que toda la vida había usado. Y tampoco era una cuestión por lo demás de excesiva trascendencia, ya que el colorido lo llevaba antes que en otro sitio, en los ventrículos de su corazón.

Pero no eran todos los días primaveras de nubes y de flores, ni todas las mañanas eran amaneceres de lluvia y besos, Jacinto, que como ya hemos dicho, conocía milimétricamente el manual del buen romántico, también tenía días en que se dejaba arrastrar por los bucólicos atardeceres, templando su corazón al fuego de la ausencia de su amada. Y su talante entonces se volvía trágico y su mano, errante, guiaba la pluma en los papeles, componiendo los más bellos llantos de amor jamás escritos. O al menos así a él le parecían, olvidando que de catorce versos que tiene un soneto, los dos cuartetos, un terceto y los dos tercios del siguiente eran copiados. Pero eso le daba igual y lo ignoraba, pues él no tenía la culpa de que otros hombres antes que él hubieran sentido un amor parecido y lo hubieran expresado con las mismas palabras. Acaso, ¿los sentimientos tenían patente o estaban registrados en alguna oficina? Pensaba Jacinto en sus adentros, para justificar su plagio, sin confesarlo, de manera inconsciente.

Precisamente en la composición de uno de estos poemas de amor múltiple se encontraba, cuando sonaron los cascabeles colgados de la jamba de la puerta.

-"¡Juan llaman!" - avisó con voz monótona a Juan, que estaba en la parte de atrás, sin alzar la mirada de las líneas que escribía.

- "¡Buenas tardes! ¿Qué quería? "- atendió Juan a la mujer de larga y lisa melena negra, que esperaba en el mostrador.

- "Quisiera unas escuadras para colgar unas rinconeras, pero no sé de que tamaño, ¿si puede usted aconsejarme? - pidió ella -.

Jacinto al oír la voz de una mujer levantó los ojos del papel. Ciertamente era una mujer hermosa, pensó. Y acto seguido volvió a lo suyo, rascándose la cabeza con el lapicero, ya que tenía dificultades para encontrar una palabra que rimara con sentimiento, distinta de pimiento. Ya que cualquiera, por poco versado que este en el arte poético, entenderá sin mucho esfuerzo que rimar sentimiento con pimiento es el ejemplo clásico que todo profesor de Literatura que se estime como tal apunta a sus alumnos como ripio que nunca debe cometerse.

-" Creo que estas le vendrán bien. Es la medida que se suele utilizar. Pero si va a poner mucho peso encima de ellas, le convendrían más estas otras, que son más resistentes "- le dijo mientras le enseñaba dos pares de escuadras de distintas medidas.

La mujer, que además de tener una hermosa cabellera, lucía una sonrisa espléndida, dudó unos instantes, cogiendo una y otra, y representado en su memoria la esquina en la que iban a ir colocadas.

-" Me llevaré éstas. En caso de que no me sirvieran ¿podría devolverlas? ".

-" Por supuesto. No habrá ningún problema".

Se la envolvió cuidadosamente en papel de periódico, le cobró y cuando ya se iba, la llamó precipitadamente:

-" Disculpe señorita. Si usted lo desea, puedo colgárselas yo mismo. Por si es para usted un problema".

-"Es muy amable de su parte. Se lo agradezco, pero no es necesario. Desde que estoy de reformas en la casa he adquirido mucha experiencia con el taladro –comentó sonriendo-. Pero de todos modos, muchas gracias por el ofrecimiento. Hasta luego"

Cuando los cascabeles volvieron a sonar de nuevo, indicando que la ferretería había vuelto a quedarse en la intimidad del trío, Jacinto, que había escuchado el extraordinario trato con el que había atendido su empleado a la señorita, sin robar toda la atención al texto que le ocupaba, le preguntó un poco por curiosidad y un poco por extrañeza:

-" Juan, ¿cómo es que has sido tan servicial con la mujer de las escuadras?".

- “¿Qué? ¡Ah!, porque si no, tal vez usted vuelva a enfadarse conmigo - le respondió mientras colocaba de nuevo en la estantería el par de escuadras que no se había llevado la mujer.

Jacinto, divertido y sorprendido por la singular respuesta que le habían dado, levantó la cabeza del papel, se ajusto las gafas a la nariz con el dedo índice y llevándose el lapicero a la oreja, al tiempo que se cruzaba de brazos y se echaba para atrás apoyándose en el respaldo de la silla, en actitud expectante y graciosa, inquirió:

-” Pero ¿qué dices? ¿Por qué iba yo a enfadarme contigo?

Juan, que no entendía la sorpresa de su maestro e incluso llegó a pensar que le estaba tomando el pelo - algo que nunca antes hubiera pensado de su jefe, pero que últimamente, con el cambio que había experimentado su carácter era posible -, le respondió con un tono entre broma y serio, para abarcar todas las posibilidades:

-” ¿Cómo me pregunta por qué?” - Hizo una pausa -.” Si hace unos meses, cuando vino esta misma señorita por unas alcayatas para colgar unos cuadros, usted se puso hecho una furia conmigo porque no me había ofrecido a ir a colgárselos yo mismo “- volvió a hacer una pausa y viendo como Jacinto fruncía el ceño intentado hacer memoria, prosiguió -. “ ¿No lo recuerda? Creo que fue, más o menos por el mes de Agosto. ¡Es más… fue exactamente el día que usted se cayó de la escalera! Por eso lo recuerdo tan bien”.

La cara de Jacinto se hizo de piedra barroca y se puso completamente blanco, con la boca entreabierta. Doña Úrsula, que había seguido la conversación que tenían los dos hombres - era ésta una práctica costumbre suya, estar siempre con el oído bien abierto, aunque debido a la edad y a su innata cerrazón de oreja, ya iba perdiendo ondas -, intervino:

-" Es verdad, Jacintín. Tiene razón él. Yo también lo recuerdo".

Jacinto seguía mudo, ni siquiera le dio rabia que su madre le llamara "Jacintín". Sus ojos se quedaron fijos en algún punto perdido de la instancia. Los músculos de su cara se contrajeron y sus puños se crisparon. La madre y Juan se asustaron, pensaron en lo peor. Notaban que estaba a punto de estallar y creyeron que se trataba de una nueva recaída. Le miraban atónitos, sin saber qué hacer.

Jacinto, por fin, se puso en pie, con todo su cuerpo en tensión. Apoyó las manos sobre la mesa y miró fijamente, primero a Juan y luego a su madre, con una mirada de fanático. Respiró profundamente. Se dirigió a la puerta, con un andar seguro, sin decir nada. Abrió la puerta, sonaron los cascabeles, se detuvo y justo antes de salir, se volvió y haciendo en el aire una señal dictatorial con el dedo índice de su mano derecha, les aseveró con firmeza:

-" ¡No era ella!".

†

Cinco de Abril, primavera

Desconocida esencia:

Ahora estoy aquí. De nuevo me siento rodeado, acompañado por mis más tiernas soledades, por mis silenciosos compañeros, por mis músicas calladas. De nuevo estoy aquí, en lo más eterno e íntimo de mi alma. En esta habitación, sentado, a la que traigo en bolsitas y palabras el polen de las flores, esencias de miradas, lo etéreo de los gestos, la amalgama sutil que los sentidos recogen por el mundo, sin orden ni concierto, para que yo los moldee, en contemplación serena, para que yo, ya solo, le exprima su jugo más preciado con poderosas metáforas, que no son sino más que un engaño, y así los haga carne de mi carne, recuerdos substanciales de mi vida. Cuando todo esta lejos, más lejos que la tierra, yo me encuentro cercano en esta mesa, con mi flexo tan viejo, con mis grandes hombres, que tienen las páginas por ojos, mirándome, con mis flores, para ya siempre muertas - son esas flores que ya se compran secas - para ya siempre bellas, con un montón de notas tomadas al azar que esperan al genio creador que las ordene, que esperan a su dios, que les de vida. Cuando todo está lejos.

La misma luz, con la que he visto siempre, me envuelve cariñosa entre sus pieles, me incita tentadora al abandono, al abrazo fatal de la melancolía. Te ilumina la cara en mi memoria -¡tu cara, María del Amor Verdadero, qué hermosa es! ¡Qué gota de divina belleza baña tu rostro!-, como soberbio cebo, como premio infinito, para que yo sucumba y caiga y

me haga imposible cualquier sueño en el que tú, mi gran amor, en el que tú no vivas.

Me sumergen en sus olas los adagios pintados con pincel amarillo que está lleno de ausencias. De amarillo, de un amarillo pálido que es el color de la música mezclado con tú ausencia. Cuando todo está lejos, cuando nos cerca el miedo, cuando un susto, como un aliento helado de la muerte, estrella los mañanas y los sueños contra un macizo absurdo que no logro entender, colgando de mis alas un ancla de plomo en toneladas ..., cuando la vida sigue caprichosa, no dejando aprehender sus veleidades, yo me refugio aquí, unas veces ausente, huyendo de todo y de mí mismo y otras veces contigo y tu recuerdo vivo.

Yo sé que un amor de verdad, el amor verdadero que por ti siento, no necesita de pruebas por tu parte para seguir creciendo. Yo sé que soy injusto y miserable para pedirte esto. Pero una duda corroe mis entrañas y necesita verte. Yo sé que no tengo derecho y demuestro cobardía al hacerlo. Perdóname Flor del Otoño. Perdona mi osadía y mis temores. Yo sé que te juré mi amor sin pedir nada a cambio, sin esperar recompensas. Pero, por Dios, lo necesito. Necesito encontrarme contigo el martes diez de Abril, en el Parque del Marqués Salvadores, a las ocho y media de la tarde.

Siempre tuyo:

Tu fiel amante.

El Caballero de La Triste Figura

†

A las ocho en punto de aquella tarde del diez de Abril, Jacinto salió de la Ferretería. Encargó a Juan que recogiera todo y echara el cierre y le dijo a su madre que llegaría algo tarde. Ambos cruzaron una mirada de preocupación, y Doña Úrsula volvió a temer por la salud mental de su querido Jacintín, pues el comportamiento que había tenido en los últimos días no era normal. Volvía a mostrase esquivo y huraño, había vuelto a perder el apetito y tenía el negocio desatendido. A ella no le cabía ninguna duda, se trataba de una secuela más de aquella dichosa caída estival y, no en vano empezó a sentir remordimientos por haber sido ella la que le pidiera que colgara las bolsitas de agua.

Su madre, en secreto, había ido a consultar con su confesor el caso, para que le indicara que debía hacer, en el caso de que la Iglesia y el santoral no pudieran ofrecerle ninguna ayuda para sanar a su niño de cuarenta y cinco años. Don Jerónimo, con buenas palabras, le aseguró que, aunque no estuviera de más algún Padre Nuestro y ,sobre todo, rezar todos los días doce Salves - pues la Virgen María, por ser madre, comprendía mejor este tipo de problemas y estaba siempre más dispuesta a interceder ante su Hijo, como ya hiciera en las Bodas de Caná cuando se terminó el vino del banquete y llevándose a su Hijo a un lugar retirado le dijo: “No tienen vino”-, y que encargara alguna misa y encender un par de cirios siempre ayudaría, Don Jerónimo, que como ya demostrara en ocasiones anteriores, no quería engañar a su buena feligresa, le recomendó que le

llevara a un psiquiatra, pues tenía que confesar que, en este tipo de alteraciones la Ciencia había demostrado mejores resultados que la Teología.

Jacinto miró su reloj: eran las ocho y veinte. Tan sólo había tardado veinte minutos desde la calle Urosa hasta el parque, cuando lo normal era media hora. Pensó que era cierto aquello de que el amor, en verdad, daba alas. Pero en este caso el plumaje veloz se debía más bien a la conjunción de una serie de factores: el amor, la ansiedad y la necesidad de no sentirse equivocado y eliminar la duda.

Se sentó en un banco a esperar a su amor, no sin antes limpiarlo bien con su pañuelo, pues los jóvenes de hoy en día tenían la incompresible costumbre de sentarse en el respaldo y de apoyar los pies en el asiento; costumbre ésta, que a Jacinto siempre le resultó muy poco cívica y que achacaba a la falta de rigor que los padres ponían en la educación de sus hijos. Faltaban apenas diez minutos para el momento decisivo.

Por un momento se le pasó por la cabeza la loca idea de irse. Ya que él mismo se avergonzaba de haber rogado a su María del Amor Verdadero aquella cita. La vergüenza le invadía, pues en su fuero interno era consciente de que no estaba realizando una hazaña que le honrara. El buen romántico, el perfecto amante era ante todo un leal caballero de su dama y su ánimo nunca flaqueaba pese a los obstáculos que interpusieran en su camino. El enamorado fiel era capaz de mover montañas, de navegar

océanos de tiempo, escalar muros y batirse a muerte por su amada, sin pedir nada a cambio: la razón de su amor y la voluntad de hacerse digno del corazón de la mujer a quien amaba, eran suficiente causa. Pero Jacinto García Garrido había dudado y esa falta de fe le disolvía hasta el tuétano de sus huesos como si fuera un corrosivo ácido.

Pero él necesitaba comprobarlo. Debemos entender la angustia de Jacinto y si es cierto, que por mucho que nos duela, no podemos justificar su cobardía, si podremos alegar en su favor, que su duda era humana. Y Jacinto, aunque algún lector sibilino, cruel y mal pensado pueda pensar lo contrario, Jacinto, era ante todo una persona humana.

Aquella mujer que había entrado en la ferretería para comprar unas escuadras para unas rinconeras, no podía ser la misma que, meses antes, hubiera ido en busca de alcayatas para colgar unos cuadros. Aquella mujer de la tarde de Marzo que tanto viento hacía, no podía ser la aparición que el vio subido a una escalera una tarde de Agosto de tormenta. No se parecen en nada unas escarpias de hierro con unas rinconeras. Pero, tanto su madre como Juan afirmaban lo contrario. Acaso ¿estaban ciegos? O tal vez era él, el ciego que no quería aceptar las evidencias, como si fuera un necio.

Jacinto necesitaba refutar la opinión de los dos y necesitaba hacerlo fehacientemente. Como Tomás El Mellizo, tenía que ver para creer. Porque de lo que sí estaba completamente seguro, era de que la mujer que Doña Úrsula y su empleado decían, no era la misma que salpicara su traje,

mientras él esperaba sonámbulo en un semáforo, al pasar con el seiscientos por encima de un charco.

De acuerdo que aquella noche, la noche en que volvió a renacer en él una esperanza verde, pintándole los cielos de colores, la lluvia difuminaba los perfiles; de acuerdo que fue sólo un instante fugaz el que la vio; de acuerdo que sus dioptrías no eran un signo de una visión de lince; de acuerdo que era apremiante y obsesiva la necesidad de volver a ver a aquella que se había convertido de repente en la vida de su vida. Todos estamos de acuerdo que el cúmulo de estas circunstancias es un agravante que dificulta la emisión de un juicio infalible. Pero Jacinto García Garrido no podía pensar que no fuera ella. Su cerebro se estrechaba bloqueando el paso a la sola idea de que su amada no fuera la misma que viviera en la Plaza de Don Pedro Fuentes - aquel hombre bueno - , en el número diecisiete, quinto derecha. Él estaba seguro, al menos se aferraba a su convencimiento con toda la fe que le era posible. Pero quería comprobarlo.

En el parque anochecía y las hojas llorosas de los sauces arrancaban los últimos destellos de un sol adormecido. El aroma de las primeras flores de la joven primavera se esfumaba entre las avenidas secretas, en las que alguna pareja adolescente aprendía la dulzura de los primeros besos. Las madres se iban yendo, llevando de la mano a sus hijos, que lloraban mocosos por no poder seguir jugando en los columpios. El día se escapaba

dejando tras de sí un sin fin de promesas, de cosas por hacer, de proyectos frustrados.

Una mujer anciana, de unos setenta años, paseaba nerviosa, de un lado para otro, mirando a todos lados, como buscando algo. Tal vez ella también esperaba a alguien. Llamaba la atención porque llevaba los labios pintados de un color tan rojo, que no simpatizaba con sus años.

Jacinto miró su reloj por enésima vez: eran las nueve y su amada no había acudido a su llamada. Su corazón se envolvió en las tinieblas. Tal vez ella no había podido venir por alguna causa grave. Tal vez, quizá. Pero....

El silbato del guarda anunció que iban a cerrar el parque. La anciana de labios llamativos se perdió en la arboleda, pareció que lloraba. Jacinto se levantó y se fue caminando, escuchado el ruido de sus pasos en la gravilla. La tristeza serena le vencía, y una lágrima traviesa, la primera que echara en su vida, humedeció su mejilla. Buscó en el bolsillo su pañuelo para sonarse.

†

Ave María Purísima

A fuera, detrás de las cortinas, está lloviendo. Llueve la misma lluvia de ayer, la misma lluvia de siempre, repetida en espirales rectas sin principio, sin fin.

El humo que sale del cigarro olvidado en el cenicero, repta por las paredes como una enredadera, temiendo encontrarse a cada instante la solidez de un recuerdo. La pera de mi flexo, simulacro de flor mal encendida, ilumina, cálida, estas hojas.

Me he quedado pensando unos minutos sobre lo que hasta aquí he escrito en los papeles. Mis pensamientos se confunden entre la densa niebla que emana de los oscuros pantanos a los que se retira el ánimo cuando ha cometido una injusticia

He sido cruel y miserable. No he sido fiel a la confianza de Jacinto. Le he traicionado. Como aquellos con los que cada día me cruzo por las calles, tan sólo me he fijado en la apariencia externa y he convertido a Jacinto en un bufón para vosotros. Hice de él una caricatura, fijándome tan sólo en su alopecia, en su miopía, en su espalda torcida, en el trato que recibía de su madre. Quise llamar vuestra atención sobre lo más banal, para buscar las tontas carcajadas.

Nos hemos reído de Jacinto, creyéndole infeliz y pobre hombre. He ridiculizado su amor y ahora me arrepiento. Siento

la misma vergüenza que sintiera, cuando vi que traían de regreso a su aldea a Don Quijote, encerrado en una jaula tirada por dos bueyes.

Jacinto se merece palabras más puras y sinceras que le hagan justicia. Jacinto es más que un simple ferretero introvertido, es mucho más, ahora lo veremos.

Decir los pecados al confesor

-” Disculpe. ¿Le importaría dejarme su sitio?”- le susurró al oído una serena voz, muy educadamente.

Jacinto, que se encontraba sumido en el doloroso acto de contrición, a punto de dar por finalizado su propósito de la enmienda, frunció el ceño, lo cual era señal sintomática e infalible de que no entendía la situación.

-” Es que tengo que rezar la penitencia “ - añadió la voz sigilosa, rozando la súplica de una manera digna, al percibir que aquel hombre de gafas gruesas, a quien se dirigía, le miraba sin salir de su mutismo.

Jacinto se mordió el labio superior, gesto muy suyo, que para quien le conociera, indicaba que Jacinto seguía sin comprender y que su cabeza trabajaba con afán en la búsqueda de una explicación de claridad meridiana.

-” ¡Por mis rodillas! ¡Ya sabe! - dijo la voz en tono distendido, como si aquello que pedía fuera lo más normal del mundo - “Verá, es que hoy la penitencia que me han puesto es muy dura: tres “credos”, dos “padrenuestros” y una “salve”. Estos curas recién salidos del seminario... parece que disfrutan mandando penitencias ¡Uno ya no tiene edad para estas cosas! ¡Si no fuera porque me obliga mi mujer, ya me iban a ver a mí por aquí!” - expuso varonilmente, al tiempo que movía la cabeza y resoplaba por la nariz -.

Jacinto, ante tal repentina intimidad, sintiéndose obligado a ser cómplice de alguna acción desconocida, de manera tan violenta, se quedó aún más confundido y fue incapaz de articular palabra.

-" Como me tengo que arrodillar para rezar, mis rodillas agradecen más la mullida espuma de su reclinatorio, que la dura madera de los bancos. ¿Lo entiende ya?" - acabó preguntando de manera impaciente, al tener la sensación de que hablaba con un torpe que no se enteraba de nada - .

Quien así le hablaba, era el señor calvo, de bigote diminuto de blanco octogenario, en el que superficialmente se había fijado al entrar en la iglesia. Acababa de limpiar su alma - aunque después de las afirmaciones que le había oído, le resultaban francamente dudosas las intenciones que le habían acercado al sacramento de la penitencia - dejando el puesto a una señora de luto y velo.

-" ¡Sí, sí, perdone! - se disculpó Jacinto, casi inconscientemente, reconociendo la lentitud de reflejos que había demostrado.

Se levantó de aquel reclinatorio rancio, que pese a tener la patas desvencijas, tan bien había soportado el peso de su abatimiento, y ocupó un nuevo sitio en un banco - pudiendo comprobar que tenía razón aquel anciano, pues en verdad, no se puede decir que el asiento fuera blando -, muy cerca del confesionario, prácticamente con la oreja pegada a un lateral.

Detrás de la mujer, que ahora mismo estaba, ya le tocaba a él. Se acercaba el momento de confesar su grave falta y el nerviosismo se apoderó de él. El estómago también sufría la tensión y expresaba su lamento con ruidos revoltosos. Él sería el siguiente en desvelar su vergonzoso secreto al confesor y eso le preocupaba. Temía que el cura al escuchar la abominable acción que había cometido, comenzaría a gritar: "¡Vade retro Satanás!".

-" Ave María Purísima ".

-" Sin pecado concebida".

Jacinto se sobrecogió. Pero no, no era una voz ultraterrena que le llamara, la voz salía del confesionario, que al estar tan sumamente cerca podía oír con total nitidez. Este susto, no hizo sino que acrecentar sus nervios. Instintivamente metió mano en el bolsillo interior de su chaqueta gris y sacó una libretilla de pastas arrugadas. Una pena tremenda le invadió. En aquel cuadernillo guardaba los borradores de sus poemas, de las cartas que, con tanta pasión y celo, había escrito para su amada. La abrió, vencido ya por la melancolía. En la última página escrita se hallaba la prueba palpable de su pecado. Allí estaba la carta de su puño y letra que, hacía poco más de una hora, había echado en el buzón destrozando con ella los castillos de tierna arena que había construido enamorado. No tuvo fuerzas para leerla y pasó hacia atrás un par de páginas. Fue esta la carta que comenzó a leer.

Doce de Abril, Primavera

"Yo sé, que estás muy ocupada con tu vida. Andar por el mundo responsable y haciendo bien las cosas roba tiempo. Lo sé bien y te comprendo. Pero también yo sé, o al menos creo, que estando esclavizado a relojes, papeles y rutinas, esos quehaceres - aquellas obligaciones que con cierto orden debemos cumplir todos los días - devoran, si los dejas, todas las alas tiernas, que no tienen fijado ningún rumbo, que quieren alzar al corazón hacia cielos más claros y allí, en estos espacios cristalinos, él juegue y se divierta y quiera como si fuera un niño; como el niño que es, caprichoso y desnudo: un presente continuo; sin pasado que lastre y que haya que olvidar; sin futuro que inquiete, que deshoje el árbol de los sueños (El árbol de los sueños, María del Amor Verdadero, duerme en las noches de estrellas en las que siempre reina la eterna Primavera)".

A Jacinto le tembló el pulso -a punto estuvo de caerse la libreta -, emocionado como estaba, al ver en el papel aquella plenitud de sentimientos caminando hacia el ocaso del final que, esta tarde de Mayo, había ejecutado. Pese a ello, continuó leyendo las líneas descarnadas, con las que había iniciado el sinuoso camino hacia el calvario.

"No se pueden olvidar esos deberes diarios de hormiguita. Se deben hacer bien, con empeño y esmero, porque si no..., si no, te pisan y te dejan atrás. Pero no es bueno perderse en estas calles. El sol en ellas apenas lame

las aceras, apenas tiñe los balcones. Es bueno salir a pasear de vez en cuando a campo abierto; oír crecer la hierba; y ver el espectáculo de la luz y las gotas de lluvia enamoradas, desprendiendo colores; y oler las flores. La vida necesita amor y sueños y un gramo de locura. La vida, mi único amor, mi flor de otoño, María del Amor Verdadero, la vida necesita Poesía".

-" ¿Cuáles son tus pecados hija mía?".

Al otro lado de la rejilla, la mujer respiraba profundamente y pudo oírse el inicio de una lágrima. Pasados unos segundos de paciente silencio, aquella anciana recobró su entereza y comenzó su confesión.

-"Verá padre, yo siempre he sido fiel a mi difunto esposo.....".

Jacinto, que debido a su posición, podía escuchar todo aquello perfectamente, pensó en cambiarse de sitio, por creer que no estaba bien oír aquella conversación sagrada y arrepentida que mantenían sacerdote y feligresa, mas... ¿qué pecados podía tener aquella pobre señora ?, seguramente serían cuatro cosillas, ninguna de ellas escandalosa. Así que, volvió a su carta y al melancólico dolor que le hacía sentir aquella epístola.

Desde la infortunada cita, que no se hizo real, del diez de Abril, desde su lágrima primera derramada en la soledad del parque, la vida de Jacinto pasó por largos días de zozobra. La misma ilusión con la que había vivido forjando con piedras de sueños su castillo, tejiendo en su imaginación romántica con los hilos más fantásticos que pudo, el hermoso tapiz de un gran amor, toda aquella energía derrochada, se transformó en

asfixiante desesperanza lastrada por el peso macizo de la dura realidad. Se había dejado llevar por su imaginación aspirando a vivir algo sublime y entonces de dio cuenta, estrellando su cara contra un muro, de que él tan sólo era un ferretero feo, miope y calvo, a quien su madre llamaba Jacintín, que no era más que un pobre Ícaro que había pretendió llegar al sol. Continuó leyendo aquella carta de dolorosa resignación:

"*Yo sé que estás muy ocupada con tu vida. Y también sé, que yo tan sólo soy un tonto enamorado. No soy un egoísta, pero sí soy un tímido orgulloso, que nunca ha sabido hacer bien las cosas, pero como aquel roto violín, he regalado toda mi poesía al viento. Un tonto cuya voz te ha seguido. Un tonto, ahora mismo un todo doliente triturado, hecho polvo, pero un polvo que espera la lluvia de las nubes de tus labios para hacerse barro.*

Quiero alzar de nuevo el vuelo, con las alas sonrosadas que aún nacen en mis huesos. Y siento que estés tan ocupada y lo siento, porque ya sólo tu voz con alas podrá alcanzarme.

Soy un tonto, lo siento, si quieres alcanzarme te esperaré en el cielo.

Unas alas:

"*El caballero de la triste figura*

"

Al leer el seudónimo con el que había firmado todas sus cartas, sus ojos dejaron escapar una sonrisa triste. Se dejó acariciar por la ligera brisa de un alivio y guardó su cuadernillo en el bolsillo. Se acercaba el momento de poner fin a su aventura, confesando su pecado.

-" Lo confieso padre, estoy enamorada ".

Jacinto se sorprendió al oír aquello. Pero no creo que fuera menor la sorpresa que llevara el confesor, ya que tras unos segundos de silencio, en los que sin duda buscaba las palabras adecuadas, para enfrentarse al envite que le echaba aquella anciana a la que oía en confesión, tras unos segundos que resultaron eternos ya que aquella revelación había despertado el interés de nuestro hombre y quería conocer el desarrollo de aquella descabellada historia, el sacerdote dijo:

-" ¿Qué está usted enamorada? Bien, bien... Lo importante es que te has acercado al Sacramento de La Penitencia y el Señor sabrá ver en tu interior el arrepentimiento. Ábreme tu corazón, hija mía ".

†

El sol que amanecía se coló a través de las cortinas y poco a poco fue venciendo la penumbra porosa de la estancia. María del Amor Verdadero

dormía con cara angelical en una cama antigua. Sus labios, ligeramente despegados, transmitían en su respiración la complacencia de un sueño plácido.

No necesitó despertador para vencer la pereza de las sábanas. Se levantó risueña albergando en su pecho la esperanza de que hoy fuera un buen día. En camisón todavía, se asomó a la ventana, impregnando sus ojos y su piel con los rayos solares que avanzaban decididos entre las nubes. Las chimeneas y antenas de las casas se recortaban en un fondo de azul de cartulina. La vida despertaba entre los grises de la ciudad que aún bostezaba.

Se sentó en la cocina ensimismada con un presentimiento, mientras la leche hervía a fuego lento. Hoy era viernes y esperaba una carta muy especial. No quiso perderse en los apetecibles laberintos del "quizá ", que luego volvían dolorosa la mirada cuando no se cumplían. Pero no podía evitar que un hormigueo reconfortante y sereno recorriera todo su arrugado cuerpo. Ya no era una niña para correr con los ojos alocada tras los pájaros efímeros que surcaban en amplios círculos los cielos.

No era una niña, es cierto, María del Amor Verdadero estaba ya pronta a cerrar su séptima década. Pero nunca perdió la inocencia pueril, el ingenuo frescor de los años de infancia en los que todo es posible y no existe un pasado que cohíba los presentes, que impida los futuros. Conservaba en su cara la belleza de aquellas flores secas que adornan los

salones de las casas, en las que aún se pueden ver flotando los recuerdos de la naturaleza viva con gotas de rocío resbalando entre el verde.

María estaba satisfecha con su vida. Durante cuarenta y cinco años vivió en el calor de un matrimonio amable y cariñoso. Su esposo, Agapito, hacía cinco años que había muerto. Pese a ser médico forense, siempre trató a su mujer con aire delicado y detallista. Pero no pudo darle lo que ella más deseaba: un hijo. No pudo darle la pasión que ella necesitaba y suplió esta carencia, innata a su temperamento cansino y lacio, con un afecto sincero que al paso de los años se convirtió en poderoso lazo, que los mantuvo unidos.

Pero Agapito había muerto y ella había quedado sola. Nunca quiso reconocer la soledad. Esa frescura natural que he mencionado se lo impedía. Pero las noches de invierno ante el televisor, sin hombro conocido en que apoyarse, sin una lengua amable que respondiera cualquier comentario sobre la película, eran muy duras y el frío solitario entumecía el esqueleto de su alma. A veces se sentía ridícula hablando sola, mientras comía mirando los azulejos blancos y entonces se reía con tristeza de sí misma. Pero no se quejaba. María no estaba resentida con la vida y ahora, cuando sus días ya no eran tan gozosos, su voluntad generosa ofrecía al mundo lo mejor que le quedaba. Por esta razón era una mujer que despertaba fácilmente el cariño y la simpatía de quienes la trataban.

Pero hoy era viernes y como todos los viernes desde hacía varios meses esperaba con fruición una misiva. Por eso se arregló coquetamente ante el espejo y se fue más temprano al mercado a hacer la compra: alguna verdurita, un poco de pescado y unos pasteles. Tenía que estar de vuelta antes de que llegara el cartero.

Aunque vivía en un quinto y pese a la edad que tenía, María no utilizaba nunca el ascensor. Una vez, animada por su esposo a vencer el miedo que tenía a los espacios estrechos y cerrados, quedó atrapada en uno y aquellas fueron las horas peores de su vida.

Mientras bajaba las escaleras, se iba convenciendo a sí misma de que no estaba haciendo daño a nadie, que eran absurdos los sentimientos de culpabilidad que cada noche querían desvelarla. Si Agapito la estaba viendo desde el cielo, lo entendería. Sabría comprenderla, es más, ella estaba segura de que la animaría. Pese a ello no era capaz de erradicar del todo los remordimientos y cada escalón que descendía era como una margarita deshojada: “Sí”. “No”. “Sí”. “No”.....

El corazón danzó con piruetas dentro de su pecho. No daba crédito a sus ojos y sin embargo no quería moverse a comprobarlo por temor a que aquella visión no fuera real y se desvaneciera. Instintivamente miró a un lado y a otro para cerciorarse de que nadie la veía. El portero aún no ocupaba su mesa de cotilla, el ascensor estaba anclado en el tercero y no se oía a nadie. Por fin se decidió a acercarse. No era mentira el dato que le

habían ofrecido los sentidos, allí estaba real como ella misma: una rosa extraordinariamente abierta, escandalosamente roja, mostraba el esplendor en su buzón. Con el tallo introducido en la ranura, se asomaban al aire, sin ninguna vergüenza ni pudor, los pétalos volubles. La estampa parecía la obra de un milagro, que en semejante sitio, hiciera florecer aquella hermosa flor. Pero no era un milagro, María lo sabía. Era una prueba más de su desconocido amante, que aprovechando las horas cómplices de la noche, tan pasional regalo, había dejado en su buzón.

Quiso gritar de emoción, toda su piel se enervó en éxtasis arrebatado, pero logró mantener la compostura y refrenar su impulso. Precipitadamente volvió a subir los escalones con la liviandad que le infundía la emoción, apretando la flor contra su pecho como si fuera un pajarillo de colores guardado entre sus manos. Sentía como le palpitaban las venas con violencia, sentía que le faltaba el aire.

Cuando abría la puerta de su casa, justamente salía Dolores, su vecina, con su larga y morena cabellera cubriéndole los hombros.

-"¡Buenos días María!". ¿Ya vienes del mercado?".

-"Sí, hoy no me entretuve mucho" - contestó intentando disimular su gozo inconfesable -.

-"Yo me voy al taller. Ayer se estropeó el seiscientos y tuvo que ir a buscarlo una grúa".

-“Bueno, pues que no sea mucho la avería. Hasta luego Dolores “- se despidió, dejando un poco sorprendida a su vecina, que no entendía las prisas de María -.

Una vez que por fin quedó sola, pudo expresar su júbilo sin miedo. Aspiraba la rosa con los ojos cerrados. Las lágrimas rodaban de alegría. Aquella flor de sangre enamorada disipaba los miedos y las dudas que aún tuviera. Con esta flor su corazón se abría plenamente a su desconocido amante, a su Caballero de la Triste Figura. Todo su ser era como un cabritillo desbocado en las praderas, todos sus poros se vestían de fiesta. Era feliz, feliz. ¡Qué poco le importaban ya las espinas! ¡Qué poco, si en el extremo del tallo se abrían los pétalos amantes! Atrás quedaban los miedos que sintiera al recibir aquellas cartas. Ahora sabía que no eran una broma que alguien macabro le gastaba. Era verdad, su amor era verdad y aunque llegara tarde aquella pasión arrebatada que anhelara durante toda su vida, ella esta dispuesta a cualquier riesgo aunque pudiera parecer una locura.

María del Amor Verdadero era dichosa, embriagada por la felicidad de aquel momento. El amor era loco y no conocía edades. El amor era loco y ella estaba locamente enamorada. No le importaba de quien fueran las cartas y la rosa. No le importaba, ella le amaba.

María era el alma gemela de Jacinto, y el destino, jugador de billar, los había emparejado. María estaba dispuesta y decidida a cualquier vuelo en globos de gases inflamables.

†

María del Amor Verdadero paseaba inquieta por el parque. Estaba algo nerviosa. Llevaba un vestido negro de corte clásico muy elegante y el pelo recogido en un gran moño. Llamaban la atención sus labios pitados de carmín. Hacía muchos años que no se los pintaba - concretamente desde la muerte de su esposo - pero en esta ocasión creyó que era una hermosa manera de simbolizar la pasión que ardía en su interior - al fin y al cabo ¿qué queda del amor si le niegas los símbolos? -. Le había dado un poco de vergüenza cuando al salir de su casa - el número diecisiete de la Plaza de Don Pedro Fuentes -, se había cruzado con Dolores, su vecina, quien le preguntó sonriente a qué se debía tanto colorido. Ella no supo mentirle del todo, pero tampoco quiso pecar de temeraria contando desnuda la verdad y sencillamente le había respondido que se sentía feliz. El portero también la había visto y la había mirado con ojos falsos. Seguramente ya lo supiera todo el edificio, pero no le importaba, pues no tenía que rendir cuentas a nadie.

Unos viejos jugaban a la petanca y ella no pudo evitar una sonrisa. Aquello era más propio de su edad, o estar con sus amigas seniles haciendo punto o comiendo pastas en aquellas aburridas tertulias en las que se hablaba todo y no se decía nada. Pero ella estaba allí esperando a su amor,

a punto de conocer al Caballero de la Triste Figura, que en la última carta le había pedido aquel encuentro.

Se emocionaba intentando imaginar cómo sería él. Tal vez llegara en un caballo blanco, ondeando su capa al viento y blandiendo la espada. Imaginaba sus primeras palabras. No, no habría necesidad de las palabras, el llegaría, se mirarían fundiéndose los ojos en un beso. Después se irían montados en el corcel impetuoso a conocer otros mundos.

María se reía como una niña que sueña con su príncipe. Sabía que no sería así, pero se derretía dejando volar su fantasía. Era todo como sacado de una novela, una historia de amor de cuento de hadas. Un señor vestido de gris no dejaba de mirar su reloj. Parecía nervioso. Tal vez, también él esperara a alguien.

La oscuridad se fue enredando entre las óseas ramas de los árboles. Su amante no llegaba. El silbato de un guardia avisó que se cerraba el parque. María del Amor Verdadero se fue caminando en la penumbra. Lloraba desconsolada.

†

-“No puedo arrepentirme padre. Estoy enamorada. Estoy enamorada”.

El reloj dio las nueve. La iglesia se iba llenando de gente para rezar el rosario. Se encendieron las luces y un sacerdote subió al altar vestido con el alba. El mundo entero era ajeno a aquella confidencia. Jacinto, transfigurado, no supo que pensar. Seguía allí sentado, al lado del confesionario, con la cara oculta entre las manos. Lo había escuchado todo. Un sudor helado recorría su cuerpo. Pudo sentir como la palidez se expandía macilenta por su cara. Se sintió mal, mareado. Había comenzado el primer misterio cuando se levantó y se fue, dejando a sus espaldas las salmodias. Se había equivocado de buzón. La cabeza le daba vueltas y su pulso languidecía. Era todo tan onírico... Se había equivocado, pero aquella mujer, en verdad, le amaba ; con sus cartas le había robado el corazón. Se sintió mal. Huyó de todo, dejando a sus espaldas el pecado. No acabó de escuchar el final de la confesión.

-“Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Vete en paz hija mía “.

†

Cumplir la penitencia

Agazapado tras las disueltas nubes del otoño el sol travieso se resistía a ocultarse. Los pequeños cristales del granito participaban con él del mismo juego arrancando destellos a las lápidas. Los mármoles soberbios reflejaban los últimos rayos como espejos pulidos bañando con esplendor plomizo los nombres y las fechas grabados en metal. Los cipreses impasibles y alargados se dejaban enredar con el hilo invisible del vuelo de los pájaros. Una ligera brisa mantenía la bruma del silencio, llevándose consigo cualquier ruido mundano. Los centros de flores ajadas y marchitas, de flores cuyo colorido había sido aniquilado por un ocre oxidado, se repartían cuadriculadamente entre las soledades como abandonado recuerdo de familiares. Las cruces tejían con sus sombras desde los diferentes ángulos un tapiz claroscuro de eternidad y olvido.

Era domingo y el cementerio olía a hueco. Poco a poco fue quedando vacío de visitas. Cada vez que alguna de ellas abandonaba aquel recinto sacro por la avenida central escoltado por los rígidos árboles de los muertos, el eco de sus pasos sonaba a hueso y la puerta rasgaba la quietud de los ave marías mudos que nunca llegaban a los labios, la puerta desgarraba con sus goznes la imperturbabilidad del sueño eterno que allí se adormecía clavándole al silencio un puñal afilado chirriante.

Un señor encorvado sobre una tumba lisa sostenía entre sus manos una cuartilla de papel. Sus humedecidos ojos leían las palabras, apenas pronunciadas por un leve aleteo de los labios:

En el pozo sin partes se ahoga mi voz.

El eco cansado devuelve tu adiós.

Las cartas hoy rotas aman en silencio.

La sangre dormida brota por la herida

y riega mis sueños con luz sin color.

El polvo impasible mis recuerdos llena,

tu imagen de aire envuelve mi amor.

Grabada en mi alma, ríe tu sonrisa, que nunca conociera,

con lágrimas de paz, cubro mi dolor.

Flota tu presencia en aguas eternas....

Interrumpió la lectura y buscó con la mano en el bolsillo. Sacó un pañuelo con las iniciales bordadas en hilo sepia y se secó las gotas de sudor que vadeaban su frente. Parecía que le costaba continuar con la lectura de aquel poema escrito de su puño y letra. Las lágrimas encerradas durante años se amontonaban ahora, golpeando con fuerza las compuertas de los lacrimales secos. Hacía tanto tiempo que debían haber salido a combatir con su luz las sombras dolorosas del pasado que ahora ejercían una presión difícil de contener. Intentó mantener unos minutos más su entereza para poder finalizar con dignidad aquellos versos. No quería que el salado líquido del alma descorriera la tinta plasmada en el papel. No quería que

aquella a quien dedicaba sus palabras le viera llorar a través de la sólida lápida de piedra o atravesando los espacios etéreos de los cielos. Continuó:

Tus dientes azules me muerden dormidos.

Su silencio eterno, piedad de mi oído,

fluye por mi sombra sin peso, sin color.

Clave de los nervios en mi templo sacro;

agua suicidada te consumes hoy.

Y en ateos días de calma pasiva,

dormirá tu idea, lagrima tranquila,

sin dientes azules, sin cabellos blancos,...

dormirás callada en mi soledad.

Con las últimas palabras, las lágrimas primeras comenzaron a rodar humedeciendo sus mejillas. En la íntima soledad del cementerio vacío, aquel hombre pudo por fin desahogarse. Después de tantos años colgando una máscara estricta a sus orejas, pudo por fin perdonarse a sí mismo sin sentirse culpable, al fin se permitió el consuelo que nos ofrece el llanto cuando éste es sincero y llena el cáliz limpio del arrepentimiento.

Se trataba de un hombre de unos sesenta y cinco años. Vestía un traje de negro riguroso en el que parecía sentirse cómodo. Su rostro era arrugado y poroso y en él se veían los devastadores efectos de la angustia pero sus

ojos delataban un carácter amable, ya sin temores, ajeno a las dudas que siempre trae consigo la esperanza como la cara oscura de la misma moneda, liberados ya por fin para siempre del miedo hacia uno mismo. Sus manos huesudas de venas azuladas revelaban el tacto delicado de quien ha superado el vértigo a conocerse y se acepta consciente de quien es. Su espalda deformada indicaba que no había esquivado llevar las duras cargas que el corazón valiente y arriesgado soporta con orgullo. Sus piernas, hoy ya vencidas por el paso de los años, se ayudaban de un fino bastón con el mango de plata y pese ello, no podían ocultar que sus movimientos siempre habían llevado un ritmo firme.

Aquella estampa de lágrimas salvíficas, de negro digno y puro, de arrugas y temblores seniles, aquel hombre llorando ante una lápida, leyendo con un leve aleteo de sus labios los versos suspiros de un amor que ni la muerte pudo vencer, aquel hombre viejo que se quedaba solo en la oquedad del cementerio mientras se despedía con una lluvia fina la tarde del domingo, aquel hombre estaba rodeado de un halo de pureza y sobre su cabeza flotaba un aura de pasión.

El pañuelo se deslizó de sus manos y cayó al suelo. Al recogerlo, quedaron a la vista las iniciales que llevaba bordadas en hilo sepia de recuerdos: "*J.G.G.*"

Era Jacinto García Garrido quien lloraba. Era Jacinto y era de él el poema. Era Jacinto quien había cambiado el gris vestido de rutina por el

negro profundo de verdad. Era Jacinto quien así amaba en la soledad de un cementerio, teniendo por testigos los cipreses, las sombras, el silencio, las cruces y los pájaros, las nubes disueltas del otoño y el sol travieso del atardecer. Y la tumba era la última morada, la cama de polvo de su verdadero amor. Allí yacía María del Amor Verdadero. En su lápida, sencilla como ella, no estaba escrito ningún epitafio, porque... para Jacinto no había muerto y aunque sin cuerpo, el la mantenía viva en su corazón.

Era domingo, dos de Octubre, habían pasado veinte años desde el día que le robaron la cartera y él guiado por el certero instinto del amor se equivocara de buzón por creer que su amada no se podía llamar Dolores y sus gustos románticos creyeran que era más hermoso María del Amor.

†

Doña Úrsula subió a media mañana para ver si su hijo se encontraba mejor. Jacinto llevaba tres días en la cama delirando por la fiebre. El médico había ido a visitarlo la noche del domingo, como favor especial a la familia, y no había podido diagnosticar la enfermedad de la que se trataba. Le había mandado guardar un reposo absoluto y que comiera bien. Ya a solas, le había comunicado a la madre que temía que Jacinto hubiera entrado en un proceso depresivo, pero que aún era pronto para estar seguros. Le aconsejó que no le importunara con las preguntas, pues si efectivamente se trataba de una depresión era mejor dejarlo tranquilo por unos días y ver como evolucionaba.

Doña Úrsula llamó con cuidado a la puerta del dormitorio. Al no recibir respuesta, volvió a insistir sin atreverse a abrir.

-"¿Jacintín, te encuentras bien? - preguntó con el oído pegado a la madera.

-"Sí madre. No se preocupe ".

-"Te he dejado el periódico en la salita. Ahora me bajo a la tienda, si necesitas algo no dudes en llamarme ".

En el interior de la habitación, Jacinto, sentado al borde de la cama, se miraba al espejo. La barba de tres días hacía resaltar la palidez de su rostro. Sus ojos se habían retirado de la cara dejando abandonadas a las cejas. Llevaba un pijama color crema y le salía el vello del pecho por entre los botones. Tenía un aspecto deplorable y sintió pena de sí mismo al verse reflejado en el cristal. No pudo soportar por más tiempo esa impresión que se aferraba a las paredes del estómago provocándole náuseas.

Intentó levantarse y las rodillas le temblaron. Se sentía muy débil, prácticamente llevaba cuatro días sin ingerir alimento. Pretendía dejar exhausto su organismo para que no tuviera fuerzas para pensar, pero el hambre aumentaba sus tormentos. Debía escapar de las trampas sutiles que ponía a su paso su conciencia. Las noches de insomnio las pasaba enredado en las sudadas sábanas, desgastadas y traidoras. Su mente era capaz de articular reflexiones, pero le invadía una sensación de sudor frío que se pegaba a su cuerpo en la oscuridad.

No sin dificultad logró cruzar el pasillo apoyándose en las paredes. Una penumbra densa y pegajosa se posaba con su velo sobre los muebles y los retratos como alfombra pesada de hilos de polvo. La lamparilla que lucía bajo la imagen de la Purísima desprendía una tibia luz mezquina y temblorosa que confundía su vista desdibujando las sombras de las cosas. El suelo de madera se resentía con lamentos a cada paso suyo. Jacinto debía sobreponerse al abandono, debía superar la abulia de haceres y objetivos y pasar de puntillas por aquel túnel oscuro de los remordimientos, como ahora debía atravesar ese pasillo recargado y llegar al salón y no tener miedo a respirar el aire de un nuevo día.

Se acercó al balcón que daba a la calle. El mes de Mayo había traído consigo las flores y las lluvias. Pronto llovería. Lo decían las nubes y los árboles seniles. Las hojas cabizbajas aceptaban su destino y los ruidos humanos se amortiguaban resguardeciéndose de los cendales de brisa primaveral bajo los alerones de los tejados. A lo lejos el viento se oscurecía sin violencia. La salita se llenaba de una luz grisácea y muda envolviéndole en blancos manteles de lino melancólico. Los días de lluvia le enamoraban y su piel se empapaba de un rojo transparente sangrándole recuerdos y suspiros velados. Pronto llovería: lo decían los árboles.

Cerró las cortinas pesadas y se sentó en la mecedora. No se creía con derecho a contemplar en paz la primavera. Tenía que cumplir la penitencia, no volvería a disfrutar con el placer sereno de la melancolía. Quemaría sus

libros y arrojaría al fuego junto a ellos el ideal estético con el que había querido organizar su vida. Se había dejado seducir por las bellas y letales palabras de los libros, que hablaban de universos sutiles como pompas de jabón. Las rimas de los versos barrocos le habían incitado, como la serpiente a Eva, a hacer realidad los imposibles. Absorbido por las páginas sublimes de las historias románticas él también quiso vivir un amor caballeresco. No calculó sus fuerzas. Se había sentido capaz de conseguirlo, de conquistar a su amada con el metro, la rima y la cadencia de las sílabas. No sopesó los obstáculos. Nada le impediría pintar con colores fantásticos su vida y ella, su amada, tarde o temprano le entregaría su corazón ardiente. No calculó sus fuerzas. No sopesó los obstáculos. No quiso ser un hombre cobarde y precavido y alimentando su espíritu valiente y arriesgado, dejó correr a su imaginación, tomando por verdades las mentiras que los libros contaban. Fue seducido por el delicioso beso de la belleza y no quiso conformarse con su vida enterrada entre tornillos, asfixiada por el pasar cotidiano de los días.

Jacinto fue soberbio sin saberlo, alimentó su corazón de orgullo, sin malicia, con inocencia y ahora la cruel realidad, que le había hecho patente su fracaso, le ponía grilletes en los pies y exigía que Jacinto pagara con la angustia y los remordimientos y el desprecio a si mismo su rebeldía. “¡Nunca debiste abandonar tu puesto destinado detrás del mostrador! ¿Por qué quisiste ser más? Acaso, ¿no estabas satisfecho con lo que ya tenías?”.

Con estas apelaciones le martirizaba su inquisidora conciencia, perseguidora febril de los secretos prohibidos, repitiéndole una y otra vez su delito: haberse dejado envenenar por la letal ponzoña de los sueños.

Miró sus manos con horror. En ellas aun quedaban restos de la tinta con la que había escrito aquellas apasionadas cartas a su desconocida amada. Y tan desconocida, pensó, pues su correspondencia apasionada había llegado a ella por error. Jacinto lo había descubierto el viernes por la tarde, cuando entrando a la iglesia a confesarse, escuchó por casualidad la confesión de ella. Pero... ¿fue la casualidad o fue el destino quien le había preparado tal sorpresa? ¿ No era cierto también, que se había sentido complacido al escuchar - amparado por el secreto silencio de la esquina -, de los labios de aquella pobre anciana que los mismos poemas que el había escrito para otra, habían conseguido cautivar el corazón de aquella ?.

Esta era la causa de su enfermedad y por ello el doctor no había conseguido hacer un diagnóstico fiable, pues no era su cuerpo el que estaba enfermo, era su corazón el que sufría en la zozobra de aquella revelación inconcebible. No encontraba una salida hacia la que canalizar el tropel de sensaciones confusas que circulaban vorágines por sus venas viciadas. ¿Qué podía hacer él? Quizá ¿proseguir con su hazaña amorosa?

Su organismo cansado le pidió que esquivara tales pensamientos. Era su cuerpo quien pagaba las desavenencias entre su sentimiento y su conciencia. Cogió el periódico para espantar aquellas dolorosas reflexiones

que le llenaban de ansiedad. Lo fue ojeando, distraído, sin poder apartar de su cabeza la voz que oyera confesar que estaba enamorada. Fue pasando las hojas con actitud refleja, hasta llegar a la sección de sucesos. Sus ojos se clavaron, saliendo de sus órbitas, en uno de los titulares: "*EXTRAÑO SUICIDIO PASIONAL*". Su corazón casi se paraliza al leer las negritas. Tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse y poder seguir leyendo: "*Una anciana de sesenta y nueve años de edad, María del Amor Verdadero Escribano, fue hallada ayer por la tarde muerta en su piso, sito en la Plaza de Don Pedro Fuentes. La policía, avisada por una vecina, descubrió el cadáver, colgado de una lámpara en el salón de su casa. A sus pies encontraron un fajo con decenas de cartas atadas con un lazo rojo. Tras las investigaciones efectuadas y de la lectura de dichas cartas, todo parece indicar que pueda tratarse de un suicidio por amor, pese a su avanzada edad y ante el estupor de sus vecinos, conmocionados por la noticia "*.

†

Dobló el papel con sumo cuidado, elevando su mirada al cielo, como queriendo comprobar si, allá arriba, en una pequeña estrella que no alcanzaba a ver, su amada había recibido el beso que sus labios carnosos le enviaban mezclado con los versos que le había leído.

Guardó aquella cuartilla amarillenta en el bolsillo interior de su chaqueta negra. Miró su reloj y volvió a secarse el sudor de la frente antes

de que se confundiera con las recientes lágrimas. También recogió su llanto, que desprendía destellos de plata y suave y que después de tanto tiempo dormido en las bodegas de su alma, como si de vino añejo se tratara, se derramaba sereno, con tacto delicado, impregnando de una pasión tranquila y apacible aquel pañuelo blanco que llevaba las iniciales de su nombre bordadas en fino hilo.

Todas y cada una de las tardes desde hacía veinte años, acudía puntual a su cita, en aquel cementerio solitario salpicado de cruces y de árboles largos. Allí había encontrado el sentido de su vida; allí su amor halló la expresión de realidad que tanto ansiara. Allí, leyendo versos sentado en una lápida de mármol blanco, bajo la cual descansaba la memoria de una mujer a la que nunca había conocido y sin embargo amaba: Jacinto era feliz.

FIN

Creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño:
esto es amor; quien lo probó lo sabe.

Félix Lope de Vega y Carpio

Ego te Absolvo

La noche me rodea y el cansancio me cerca mientras veo llover a las farolas. El silencio campea por los pasillos vacíos. Todos duermen. No me ha quedado nadie con quien hablar y disfrutar de este momento. Me he quedado a solas con todas las palabras.

Don Serafín y Juan y Doña Úrsula; María del Amor y su vecina y todos los demás, se han ido. Ahora ya tienen una vida propia y una ciudad y una historia que antes no existía. Todos se han ido y quizá para siempre; tal vez ya me hayan olvidado, o tal vez algún día, me recuerden y venga a hacerme una visita. Pero nunca más tendré el poder de hacerles decir lo que yo quiera.

Pero no, no estoy sólo como yo creía. Jacinto, sentado en la vieja silla de la esquina, que ya no utiliza nadie, vestido con el negro profundo de verdad, me mira con ojos cariñosos. Y en ellos puedo ver que me ha perdonado el daño que le hice.

Supe escapar a tiempo de la palabra fácil que, buscaba la risa de los otros al precio de mutilar con las burlas irónicas el ánimo romántico y soñador de Jacinto. Me zambullí más adentro para buscar los peces fantásticos de las profundidades. Y sólo entonces, cuando por fin me decidí a darle las palabras que valía, cuando reconocí el precioso tesoro

que Jacinto - el pobre ferretero que pasaba sus tardes detrás de un mostrador - guardaba en su interior: las alas inmaculadas de los sueños.

Querido amigo, con esto ya termino, quiero que no olvides nunca que la persona más dichosa que pisa la tierra es aquella que ha encontrado el amor verdadero. Jacinto lo encontró.

Oscar M. Prieto

Penitencia

Reserva al menos
una hora de los días de tu vida
a soñar con perfección